

# MISSIONES CATOLICAS

*Revista Universal Familiar*

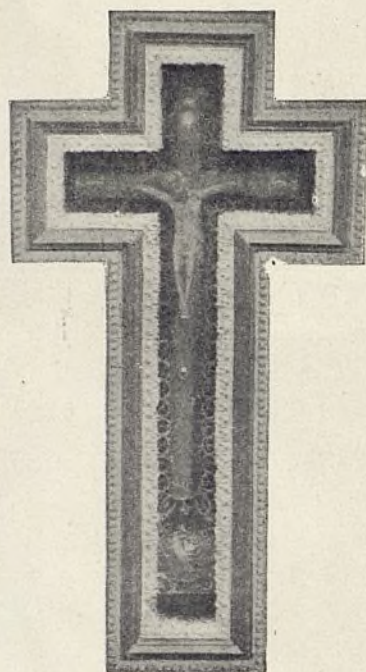
1423

Jun  
49



Ayuntamiento de Madrid





El brazo y la milagrosa cruz del gran Apóstol S. Fco. Javier

## En el IV Centenario de las Misiones de San Francisco Javier

### I. — LA VOCACIÓN

«La mies es mucha, pocos los obreros»,  
Dijo Cristo mirando hacia las gentes,  
Cual campos en su punto florecientes  
Que esperan la segur de los braceros.

Los Apóstoles fueron los primeros  
Operarios; después, masas ingentes  
A San Pablo escucharon reverentes,  
Y él formó a otros muchos Misioneros.

Pero ¡ay!, ¡los años y los siglos vuelan  
Sumiendo en la impiedad y el paganismo  
Las almas alejadas de la Cruz!

¿Quénes su dicha y salvación anhelan?  
¡Apóstoles recluta el Cristianismo  
Que enseñan los caminos de la Luz!



ORGANO OFICIAL DEL SECRETARIADO DE MISIONES DE LA PROVINCIA ECLESIASTICA TARRACONENSE — REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE CASPE, 108 — APART. 776 — TELEFONO 51726 — BARCELONA, JUNIO 1949  
AÑO L — Nº 732 — SUSCRIPCION: ANUAL, 24 PESETAS Y SEMESTRAL, 12 PESETAS : :

### SUMARIO



#### Nuestra portada:

Un Padre Blanco, a la luz del crepúsculo, lee el Oficio Divino en el umbral de la ermita que se levanta junto a los peñascos del desierto. El típico «gandoura» por manto y el turbante en la cabeza al estilo moro.

Editorial, por F. Miguel, c. m. f.	151
Bendición del Excmo. y Rdmto. Señor Obispo de Mallorca	153
«¡Ha muerto!», por J. Marcos.	154
Intención Misional, por Fr. J. Isorna, O. F. M.	155
MINYAPANKA en llamas, por Fray Gregorio, C. M.	157
Todavía viven monstruos, por el P. A. Villarejo.	159
La medicina al servicio de las Misiones, por P. J. Cruz Romero.	161
Religión sin hábito	162
Campaña motilona	163
«Mi primer viaje a la Misión», por F. Luis Casado, Agustino.	164
La sombra de Bela Kun (continuación), por J. O. Cuffi Canadell.	165
Selección	167
Noticiario	168

## Cooperar para participar

Dios quiere salvar al hombre... por el hombre. Este principio «misionológico», lo podemos traducir así: «el hombre viene a ser en el apostolado como una causa instrumental.» La acción salvífica, del hombre sobre el hombre, se ejerce de diversas maneras, las cuales se pueden signar, aun siendo diferentes, con la palabra «cooperación»... obrar con... el hombre, para hacer su apostolado, necesita dos elementos; la gracia divina y la cooperación humana. Porque la propagación del evangelio no será solo obra de la gracia de Dios, siempre será, al mismo tiempo, obra de los hombres, de los apóstoles... de nuestra cooperación. Es Jesús quien lo ha querido así: nos ha confiado a nosotros la obra de la conversión de los infieles, somos sus auxiliares, «cooperadores de Dios», nos llamó San Pablo (1.ª Cor. 3, 5). Dios quiere que todos los hombres se salven, y que lleguen al conocimiento de la verdad. (Tim. 2, 4). El hombre por sí mismo no se puede salvar: «necesita cooperación». La salvación de los infieles, se efectuará, en razón directa de nuestro celo por promoverla... si nuestro concurso, es mezquino, muchísimos quedarán privados de la fe. Para la conversión, pues, del mundo infiel, se requiere tu cooperación eficaz y se exige mi colaboración.

¿Cual es la causa que hace necesaria la cooperación misionera? La conversión de los infieles no se limita, tan solo, a la predicación del Evangelio.

La semilla de la divina palabra ha comenzado a germinar en las almas de los paganos... hay que reunirlos para formar la iglesia; quizás antes, como los Jesuitas en el Paraguay, haya habido que desbrozar el terreno para fundar el poblado, y después vencer la obstinación del salvaje que prefiere la vida montaraz, a la social de las «reducciones»: hay que organizar el culto del verdadero Dios... y según sea la psicología del pueblo, habrá de ser mas o menos pomposo, para que no sea eclipsado, tal vez, por la fastuosidad de las ceremonias idólatricas... hay que instruir a los ignorantes, y curar a los enfermos... En el infiel hay mucho de salvajismo, poco de sociabilidad. El misionero tiene que ser en todas las partes «civilizador y cristianizador». Porque en todos los países de misión, antes de hacer al cristiano hay que hacer al hombre... Siempre la caridad, es la que prepara el camino a la fe. Lógicamente concluyo, pues, si afirmo: todas esas instituciones «benéfico-cristianas» son necesarias en toda «estación misionera»: Su apremiante necesidad nos debe urgir a nosotros para que nuestra cooperación misionera supla a la indigencia lamentable de los apóstoles del Evangelio.

El misionero no es un ser trascendental, le ha sido confiada una misión divina... Como sacerdote, dispone de los medios espirituales. Como hombre, no puede dispensarse de valerse de los «medios materiales». Los más fieles intérpretes del pensamiento de Jesús, los apóstoles, nos enseñan esta doctrina (1.ª Cor. XVII - 1 - 4 y ad Philip:). El misionero ideal, que abandona la patria y que entra en el —mundo infiel— llevando consigo únicamente, el breviario y el crucifijo, es una bella y sugestiva concepción poética, pero no responde ni a la realidad, ni a la verdad. Javier desde la India pide colaboradores y cooperación. Y es que el misionero necesita disponer de lo material, para plasmar en obras de cristiandad, todas las conclusiones de los principios evangélicos que predica.



Aun hoy resuenan en toda su amarga verdad las palabras de Pío XI: tal vez, no hayamos reparado suficientemente durante nuestra vida, en la gran responsabilidad, que pesa sobre nosotros, si una «sola alma» se pierde por nuestra culpa, negligencia o mezquindad, y si un solo misionero tiene que detener el paso por falta de aquella «ayuda que podíamos haberle suministrado nosotros...».

El cristiano, no puede desinteresarse del —problema misionológico—. Tiene obligación de ayudar a las misiones. Esta ayuda que se le exige, no es de superogación. Este deber de la —cooperación misionera— se lo impone: la piedad hacia Dios, la caridad para con el prójimo, que es un mandato no una exortación, y su filiación católica.

Mas no quisiera que estas mis razones te moviesen a dar la limosna misionera, con un sentimiento rutinario, semejante al gesto con que arrojas unas monedas, al pordiosero harapiento, que sentado en la esfaltada calle diariamente te las mendiga. Reflexiona e imbúyete del profundo significado de tu cooperación misionera. Para ello vive tus sacramentos.

El bautismo nos incorpora a la iglesia y por la iglesia a Cristo. No sólo crea en nosotros —vida, dignidad, nueva finalidad— sino que simultáneamente nos impone nuevo e imprescindible deber, al cual responde una nueva y formidable responsabilidad. Ahora bien, como miembros que somos de la iglesia tenemos la obligación de estar siempre enrolados en su milicia. ¿Cómo? Es en la confirmación en donde recibimos el «germen del apostolado» para tratar de hacer a otros cristianos. Es decir: se recibe la virtualidad y la fuerza que adiestra a la batalla. El bautismo nos hace «piedras de Cristo», la confirmación nos hace «arquitectos de Cristo» (Card. Falnhaber). Debemos colaborar para Cristo. El cristiano tiene asignado un puesto en el gran ejército de Cristo. A todo católico se le pide la cooperación para ayudar a resolver el acuciante «problema misionológico». Cooperemos. Todo cristiano es apóstol o apóstata (Tertuliano). El espíritu de apostolado va encarnado en la misma esencia del cristianismo perfecto. El deber del soldado es luchar; el deber del católico, hoy, es también luchar, cooperar, colaborar con la Iglesia. Es un deber que se deduce rectamente del concepto de «cristiano». Concepto dinámico... de vida inmanente, cierto, pero también de vida extrínseca para la acción y conquista... pide tu cooperación misionera, el espíritu de profunda solidaridad —que nos hace sentir miembros de la gran comunidad cristiana—. Todos somos hijos de un mismo Padre... mas no todos conocen al Padre...

*Cooperar para participar.* ¿Cómo cooperaré...? Como ames a Dios y a las almas... Cooperar para que participes». Con esa tu limosna, no solo haces una obra de misericordia, sino que te beneficias a ti mismo. La limosna se recomienda no para «bién del que la recibe, sino del que la da no tanto para que aquel quede aliviado, sino para que este quede perfeccionado». Por la limosna encontrarás la vida eterna y la misericordia divina... (Tob. 12 - 9).

¿Comprendes, lector, el profundo significado de las palabras del Evangelio? «adquiríos amigos con las riquezas para que al morir os reciban en los eternos tabernáculos...» (Luc. XVI - 9). Cooperar para que participes: tu pequeño óbolo misionero servirá para cristianificar a los paganos, para curar a un enfermo, para construir en medio de la selva un templo a Dios... Por unos céntimos que entregues para la «propagación del Evangelio te haces participante de todos los merecimientos de los misioneros, de todas sus obras buenas...

Coopera, colabora, interésate por las misiones, que tus oraciones, sacrificios y limosnas, serán una eflorescencia de tu espíritu cristiano, que retofece y brota con obras de apostolado... En una empresa los changadores, no participan de las ganancias, tú, dentro de la iglesia, eres no solo socio... sino hijo... tienes derecho a participar de las ganancias espirituales que ya son debidas en parte a tu generosa colaboración.

No lo olvides, coopera con lo «material» para que participes de lo «espiritual».

F. MIGUEL, c. m.f.

## En el IV Centenario

### de las Misiones de

S. Francisco Javier

#### II.—EL MISIONERO

¡Helo avanzar con paso acelerado:  
En su diestra la enseña sacrosanta  
De Jesús, y en su izquierda ya levanta  
El Breviario, su amigo acariciado!

Con tales armamentos pertrechado  
Su figura ante el mundo se agiganta;  
Mientras él conculcó bajo su planta,  
Riquezas, el placer, ser ensalzado.

¡Sólo piensa en buscar otros hermanos,  
Surcando mares o cruzando el viento,  
Que aprendan a tratarse con amor!

¡Quisiera que los pueblos más lejanos  
Se fundieran en este pensamiento:  
Acogerse a la Cruz del Redentor!

#### III.—LA CORONA DEL TRIUNFO

Recostado a la vera del camino,  
Javier se acuerda de su grey amada,  
Que fué de los infiernos arrancada  
Por su celo, su afán y amor divino.

¡Las fuerzas de este noble peregrino  
Se sienten decaer! ¡En su mirada,  
La vista en las alturas incrustada,  
Se advierte que allí tiene su destino!

Una escala se llega a donde el Santo:  
Arriba, el Salvador con regio manto;  
En filas a ambas partes han formado,

Con palmas anunciando de victoria,  
Las almas que Javier ha bautizado.  
¡Esta fué la corona de su gloriol

*Los tres sonetos que preceden  
(el de la pág. 2.<sup>a</sup> de cubierta)  
y los dos de ésta, han sido re-  
mitidos por D. FELIX DE BLAS  
GARCIA, Delegado de propa-  
ganda de F. A. E.*

**LUIS VILADEMUNT**  
**(S O V I)**

Representante Oficial A E E S A  
Refrigeración Electro - Automática  
Máxima garantía — Gran capacidad

Pla de Balenyá, 13 - Tel. 436

VICH



«OBISPADO DE MALLORCA

«De mil amores aprovechamos esta gratísima ocasión que Nos ofrece la Divina Providencia para aportar el granito de arena de Nuestra bendición a "MISIONES CATÓLICAS", hilo espiritual que nos transmite las palpitaciones de los corazones misioneros, destacados, como avanzada valiente de la Iglesia de Dios, en las más remotas regiones para cumplir el mandato de Jesucristo: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura.*

«Bendecimos de corazón a los Misioneros, que acupan un lugar preferente en Nuestro corazón.

«Bendecimos también a todos los que colaboran, de cualquier modo que sea, al mantenimiento de las misiones católicas. Y bendecimos a los directores, colaboradores y suscriptores de esta benemérita Revista.

«† JUAN, OBISPO DE MALLORCA».

*El Exmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Mallorca, nos honra y nos distingue con su Paternal Bendición, que humildemente recibimos y sinceramente agradecemos.*



# *¡Ha muerto!*

Era el último momento  
De una tarde en los comienzos del verano;  
De una tarde en que sin cuento  
Sus bellezas derramara el Soberano.  
Las lagunas en sus aguas cristalinas  
Irisaban  
La cortina de las nubes purpúreas  
Que un finísimo brocado recamaban  
El ocaso.  
Paso a paso  
Sin cesar rodando el sol  
Y avanzando en su camino  
Atraviesa el tisú fino  
—Oro y púrpura— que forma el arrebol...

¿Qué será de la ciudad?  
¿Qué será de aquella gente  
Que parece que no siente  
La bondad  
De una tarde tan magnífica que brinda  
A gozar de su belleza?  
¿Será siempre allí tan linda,  
Por ventura,  
Y cansados están ya de su hermosura?...  
¿O será que les domina la tristeza?...

Y las calles se veían solitarias  
Y las casas proseguían silenciosas...

Un instante... y las campanas clamorosas  
Entonaban sus estrofas funerarias.  
A sus lúgubres clamores,  
Cuyos ecos resonaron en los lares,  
Comenzaron a salir de los hogares  
Sus ocultos moradores;  
Y en silencio sumergidos  
—Que interrumpe solamente sus gemidos—  
Van al templo sus pisadas dirigiendo;  
Y caminan los ancianos suspirando,  
Y los jóvenes gimiendo,  
Y los niños en sus brazos van llorando ..

Entretanto  
La penumbra de la noche misteriosa,  
Avanzando silenciosa,  
Envolvía entre los pliegues de su manto  
A la gente  
Que impaciente  
A la entrada de la iglesia se agolpaba  
Y esperaba  
Que las puertas de aquel templo se entreabrieran.  
En aquel rato de espera  
¡Cuántas lágrimas rodaron  
Que las sombras de la noche no dejaron

Vislumbrar!  
¡Cuántos ayes y gemidos,  
Lastimeros, doloridos,  
Que las auras recogían sin cesar!  
Sólo había algunos hombres no emotivos  
Que miraban pensativos;  
Y a los pálidos fulgores de la luna,  
Y al pajizo resplandor de los faroles  
Contemplaban una a una  
La silueta impresionante de las moles  
Que a sus ojos se presentan  
Coronando la ciudad de las lagunas:  
La grandiosa Catedral,  
La Universidad, la Imprenta...  
¡Todo es obra de ese fraile sin igual!

Y las puertas se entreabrieron;  
Y en las bóvedas del templo se acogieron  
Los pladosos ciudadanos  
Que venían a llorarle  
Y besarle  
Por postrera vez las manos.

Contrastando su sayal  
Con el báculo y la mitra episcopal  
El difunto Misionero  
Yace rígido en el centro del crucero  
Y en su frente ya marchita  
Todavía, al parecer, se deposita  
El espíritu gigante que animara  
Sus anhelos, sus empresas, sus acciones...  
Tantas gestas que en su vida realizara.  
Y a los pálidos destellos  
De los cirios y velones  
Que a su lado sin cesar chisporrotean,  
¡Qué expresivos y hasta bellos  
Son los rasgos que perfilan sus acciones!

Cuatro frailes le rodean,  
De rodillas, cabizbajos...

Y los fieles comenzaron a pasar.  
Se acercaban suspirando por lo bajo;  
Y estampaban en su mano bienhechora  
—Mensajera de bondades hasta ahora—  
Tiernos besos de dulzura y de pesar.  
De dulzura por el gozo que tenían  
Al besarle;  
De tristeza por la pena que sentían  
Al dejarle..

Y aunque entero todo el mundo le alabara  
Esas lágrimas que el pueblo derramara  
Nuestros frailes las tuvieron  
Como elogio el más cumplido que le dieron.

J. MARDOS, O. F. M.

En el cuarto centenario de Fr. Juan de Zumárraga





### Intención Misional del mes

«Neófito» es toda persona recién convertida a una religión. Es un novicio en la fe y en la creencia. Su vida religiosa todavía no posee hondo arraigo en el dogma ni en la moral. Dentro del cristianismo siempre ha existido una predilección singularísima por los neófitos, por los recién ingresados en el seno de la Santa Iglesia.

En realidad, los neófitos a causa de la exigua consistencia y fortaleza de sus ideas religiosas, merecen más cuidado, más esmeradas atenciones por parte de los misioneros. Los neófitos son nuevas flores de creencia cristiana abiertas en la Iglesia de Dios. Y hay que cuidar su frescura, su belleza, su aroma y su candorosa fisonomía. Al fin y al cabo son fragantes primicias del triunfo de la verdad y del amor de Cristo dentro de un corazón, de un alma humana.

La intención misional de este mes se encamina a organizar en todo el mundo católico una cruzada de oraciones y sacrificios en favor de los neófitos del Imperio del Sol Naciente.

Con motivo de la pasada derrota militar de las fuerzas niponas en la trágica guerra mundial, se ha operado en toda la superficie del Imperio japonés un cambio muy hondo tanto en la vida particular de los individuos, como en la pública y social. Tanto en la vida íntima y religiosa, como en la vida ciudadana, nacional y estatal. La guerra conmovió profundamente a todo el Japón. Ante ese terrible desastre de su pueblo, los japoneses han quedado, en su mayoría, desconcertados, a oscuras, sin luz en el horizonte que aclare el porvenir de su patria. Y, sobre todo, el porvenir de sus propias existencias. El mito de la «divinidad e inmortalidad» del Emperador ya no satisface el hambre espiritual de la conciencia nipona. El propio Emperador Hiro-Hito se dignó decla-

rar al pueblo que él no era un «dios» sino hombre, de carne y hueso, mortal como la generalidad de los hombres.

La decadencia de la religión Shintoísta y budista, junto con el hambre, la miseria, la incertidumbre y la desorientación vienen a poner una nota fúnebre y luctuosa en el corazón de los espíritus netamente tradicionalistas japoneses. El problema religioso, económico y social, en el día de hoy, no tiene solución satisfactoria ni en el budismo, ni en el shintoísmo, ni mucho menos, en el comunismo que con su ateísmo y tiránico materialismo, aspira a satisfacer las aspiraciones de un pueblo que nació para vivir con la frente entre las estrellas, y no para arrastrar sus altos ideales a ras de tierra como cuerpos de reptiles que no saben despegarse del lodo o del barro de los caminos.

Las soluciones que el cristianismo ofrece, en el Japón, a los serios problemas de la vida actual de este país, responden magníficamente a las aspiraciones espirituales del alma nipona. Sintonizan armónicamente con su temperamento, con su psicología. Responden a las necesidades y exigencias tanto de la vida espiritual, como familiar y social. Tanto en la vida religiosa, como económica, política y estatal.

Por todo ello muchas almas del Japón comienzan a abrir los ojos hacia la luz divina que irradia del Evangelio de Cristo.

En sus pupilas se adivina un ansia indecible de acercarse a Jesús, y a su Iglesia. Este movimiento de aproximación a Cristo es general en todo el Japón, singularmente en aquellas ciudades y comarcas donde la guerra dejó más ríos de sangre y de lágrimas.

En cuanto a este religioso movimiento nipón de acercamiento a Cristo, tengamos presentes estos datos:



Bautismos de adultos:	Año 1940,	1.726
	» 1943,	1.221
	» 1947,	3.802
Bautismos de niños:	Año 1940,	3.606
	» 1943,	3.443
	» 1947,	4.512

Casi todas las ciudades registran un aumento considerable en el número de nuevos cristianos. Hirosima —la ciudad del martirio atómico— tiene un superávit cuatro veces mayor que antes de la tragedia. Osaka, Sendai, Urawa, tres veces mayor. En Tokio, y otras localidades, más del doble que en el año 1940. Los catecúmenos, que en 1939 eran 2.573 han subido en 1946 a 9.074 y en el año 1947 a 10.788.

Con todo, lo más urgente en esta hora misional del Japón es el aumento de misioneros, de nuevos apóstoles que vengan y lleguen rápidamente aquí para auxiliar a los pocos misioneros católicos existentes en este gran pueblo a mirar con ojos cargados de angustia y de ansiedad hacia el Corazón de Cristo.

En los febriles labios de todos los misioneros católicos del Japón vibra, con el mismo acento, este grito de asombro apostólico ante la muchedumbre de la mies que amarillea con fulgores de oro ante sus pupilas: «Tenemos hoy más conversos (neófitos) para instruir, de los que nunca habíamos tenido».

\* \* \*

¡Ánimate, lector, a dorar con la lumbre de tus plegarias y con el fuego de tus sacrificios misioneros, todo el verdor frondoso de la opulenta mies de almas que se extiende a lo largo y a lo ancho del Imperio del Sol Naciente!

¡Qué tu antigua, inquieta, maciza, robusta y activísima fe cristiana llegue a auxiliar, desde aquí —por la oración y por el sacrificio— a los neófitos del Japón, flores nuevas abiertas en el claro jardín católico de la fe y del amor a Cristo!

P. José ISORNA, O. F. M.

**El Rdo. P. F. Gregorio C. M. al remitirnos el artículo que publicamos en la siguiente página, nos escribe la carta que nos complacemos en reproducir:**

Puri, 5 de mayo dd 1949

*La gracia del Señor sea siempre con nosotros.*

Sr. D. Miguel Casals

Tipografía Católica Casals

Barcelona

Muy Señor mío:

Va a hacer un año que recibí casi seguidas dos cartas tuyas, invitándome a colaborar literariamente, desde aquí, al formatum del almanaque que tenían planeado para 1949, y que creo que habrá sido una estupenda realidad. Por lo que a mí toca, yo no sabré más que aludir excusas inválidas para amortiguar un poco el bochorno que supone no haber correspondido a tan fina invitación. Pero es lo cierto que como andariego misionero, he pasado un año muy inquieto, lleno de vicisitudes, que no me dejaron tiempo para nada. Cuantas veces me quise recoger para perguenar unas cuartillas, que fueran útiles para sus bellas publicaciones, tuve que dejarlo apenas abría la máquina, porque necesidades urgentes, o salidas inesperadas, me llamaban a otros sitios. Así he venido guardando en mi cartapacio esas dos cartas tuyas, esperando que algún día les llegaría el turno, y doy gracias a Dios ahora de no haberlas tirado al cesto, porque ahora encuentro ocasión propicia de contestarlas, y sacarme al fin esa espina, que como remordimiento agudo, seguía clavada en mi corazón.

Y es el hecho que en Kattinga, mi residencia de la montaña, apenas si paraba cuatro días seguidos, cada vez que volvía de recorrer pueblos de la selva. Pero mis energías principales se las llevó todas el pueblo de Cottama, donde he tenido que levantar una capilla de obra, (ladrillo y cal), que aquí cuesta más que edificar en España una catedral. Las idas y venidas, vueltas y revueltas, enfados y calmantes que he tenido que tragar hasta ver concluida la obra, sólo Dios lo sabe, y a El dejo la recompensa, si alguna cabe.

Ahora estoy en Puri de veraneo, por una fortuna grande, y en más ratos libres, que son muchos, me he acordado de Ud. y de sus cartas, para cumplir a fuer de caballero y misionero español, mi palabra empeñada, enviándole desde aquí este poquito de material que le sirva siquiera para el año venidero, si ya no le vale para el presente.

Puri es una gran ciudad de Orissa, la segunda en su género, después de Cuttack. Se puede decir que es una ciudad cosmopolita para todo este subcontinente de la India. Aquí afluyen gentes de todos los tipos, de todas las provincias de la India, para ver y adorar al gran Idolo, Padre del Mundo: «Yiogonato», en su famosísimo y antiquísimo templo, de proporciones fabulosas, que tanta influencia ejerce en las mentes y en el corazón de este ambiente induista. En medio pues, de esta ciudad tan pagana, frente por frente del inmenso Coloso «Yiogonato», han levantado cuatro monjitas españolas Adoratrices, un trono de oro a Jesús Sacramentado, en una casita humilde, y sienten la plena confianza de que un día no lejano, el dragón será vencido y la colosal estatua rodará hecha pedazos, ante el más pequeño soplo del Señor que ha venido a hacerle competencia. Para decirles misa cada día, y exponer el manifiesto cada tarde, he dejado yo Kattinga, mi morada de la selva, y me he venido a este lugar de veraneo, para solaz de mi alma y cobrar fuerzas para emprender de nuevo las correrías por los pueblos difíciles de la selva.

Sirva, pues, ésta como expiación a mi gran silencio, y lazo de unión a la variada correspondencia, que creo no interrumpiré ya más, con esa noble y elegante publicación de Misiones Católicas.

Reiterándome, pues, una vez más, asiduo y humilde colaborador de su revista, quedo encomendándome a sus oraciones y otorgándoles mi bendición de sacerdote y misionero.

F. GREGORIO, C. M.



# MINYAPANKA

## EN LLAMAS

Cuando ocurrió el incendio del Colegio de Maravillas en Madrid, toda la prensa española de entonces se hizo eco de la tremenda catástrofe, y en todos los círculos sociales, no se atinaba a hablar de otra cosa más que del macabro evento. Yo era entonces novicio en nuestro Seminario Interno de Hortaleza, y desde allí contemplé asustado los fatídicos resplandores, que ponían incandescente el firmamento, y revolvía en mi interior los tristes episodios, que oía comentar más tarde, en charlas o en escritos. Pero ¡qué me sabía yo entonces de incendios, ni de sus consecuencias, si no habían visto mis ojos más que las hogueras del hogar palerno, o a lo sumo, un gran acervo de erizos, aliagas, vencejos y ramas secas, chisporrotear en la plaza, azuzadas por los chicos, la noche de San Juan!... Ojos que no ven, corazón que no siente. Europa está acostumbrada a tales catástrofes, y por eso se repone del susto, en cuanto le dan paz, tiempo y dinero. Aquí en la India, un incendio supone un daño más hondo y un mal más duradero, y no es por los palacios que se pierdan, ni los montones de oro que se funden en las cenizas, es precisamente triste por todo lo contrario, por las casetas de barro y paja, que pierden, de golpe, para siempre, y la miseria indecible en que quedan sumidos de por vida, con tan horrible desventura. Aquí queman cada año, de intento, los montes de la selva, y nadie se altera lo más mínimo por ello. ¡Sobra tanta leña y maleza por estos bosques!... Pero que se queme un pueblo, por ruin y miserable que sea, y toda la comarca se pone en conmoción. Sus pobres habitantes tendrán que vagar nómadas o llevar una vida de gorilas en la selva, hasta tanto que encuentren palos y paja suficiente para levantar un tugurio sobre el calcinado solar de su primitiva choza.

Minyapanka era un pueblo, podíamos decir, católico en absoluto. Quedan una treintena de chozas Kondas, que no siguen aún a Jesucristo, por razones misteriosas de su raza. A estos no les tocó el incendio por tener sus chozas separadas más de cien metros de las cristianas, donde saltó la chispa. El formatum de Minyapanka era como el de todas las aldeas indias de la selva: una aglomeración de chozas más o menos grandes y desiguales, sitas en líneas horizontales, dejando un espacio libre para calle, donde juegan, danzan, pasan, charlan, riñen, comen, duermen, y ejercen todas sus faenas, sus moradores. Minyapanka tenía una peculiaridad, y era que debido a su angostura de terreno llano, formó un apéndice de barrio, a la entrada de la calle mayor, entre una parva de pedruscos enormes, tan apiñados que no dejaban un palmo de tierra llana, y tan abruptos, que descollaban sobre los aleros de sus chozas. Todo el barrio cristiano tenía sus ochenta casas. En cada una vivía media docena de arrapiezos, con alguna mujeruca, que a buen seguro, era su abuela o su madre, para todo lo que puedan suponer. Su padre vendrá más tarde, del campo o de algún villorrio kondo, trayéndoles el puñadico de arroz diario, que no puede faltar en el puchero indio. Todos los habitantes de este barrio eran cristianos buenos y cumplían lo mejor que pueden y entienden, con sus deberes religiosos. ¡Cuántas veces me adentré en sus chozas y cuántas crucé sus calles, para presenciar siempre la misma escena, grupos de niños, hombres y mujerucas arrodilladas delante del misionero, pidiéndole su bendición larga y bienhechora antes de salir del pueblo!...

Ahora ya no tienen casas, ni calles donde arrodillarse como hogano. Se las hizo pavesas una llama voraz, que se vengó en ellos, devorándoles sus haciendas, perdonando sólo sus vidas, para arrastrarlas, durante meses, por aquellos peñascos y solares calcinados, hasta encontrar en la selva maderos y paja suficiente para su futura mansión.

En Minyapanka tenemos una capilla-escuela para educar en ella a nuestra Juventud Católica, y facilitar a todos el cumplimiento de sus deberes religiosos. Es un rectángulo de paredes burdas, levantadas por nuestros Hermanos Coadju-ttores, en el primer lustro de sus andanzas misioneras por la



Aguadoras que aliviaron el incendio

selva. En vez de paja, su tejado está cubierto con unas cuantas panchas de zinc, desafiando lluvias y tempestades. Es el único, en su especie, en toda la redonda. Su capacidad es tan pequeña que no cabrán en su interior, apiñados como sardinas, más de cien, por muchos esfuerzos que hagan entre sí para acomodarse. ¡Y son más de trescientos los Cristianos de Minyapanka y Gorapanka! Dicho edificio no está en el pueblo, ni alineado entre algunas de sus chozas, no. Está muy a las afueras entre Minyapanka y Gorapanka, a las faldas mismas de un monte enorme, abrupto y salvaje, cuyos límites se pierden en la oscura demarcación de los confines forestales. Desde aquí, se divisan los dos pueblos perfectamente; Minyapanka queda abajo, semioculto entre sus peñascos y maleza; Gorapanka queda arriba, a la derecha, en aquella pendiente escalonada, entre riscos y arrozales. No se adivina que hay allí pueblo, a no ser por unas cuantas palmeras esbeltas, que levantan sus penachos verdes, indicando que a sus pies hay unas chozas, donde viven moradores hambrientos y despiadados.

Serían las diez de la mañana, cuando llegué yo a dicha escuela a mi vuelta de Salva. Mi intención era llegar a Kattinga a toda costa aquella tarde, pues los víveres se habían terminado, y el vino para el sacrificio, no daba más que para otra Misa, en caso perentorio. Royendo estaba yo plácidamente el último huesecillo de la paloma torcaz, que había matado esa mañana en los árboles de Salva, cuando Cirilo, catequista de Gorapanka, que por allí merodeaba, abrió la puerta, gritando todo asustado: «¡Fuego, fuego en Minyapanka!»...

—¿Qué dices? — le repliqué aturdido; y dejando el saborcillo de la salsa, salí a la calle, para reponerme del susto. Efectivamente, allá abajo por encima de las techumbres pardas de las casas, se levantaba una columna negra de humo, que crecía en volumen por momentos, y dejaba ver, de vez en cuando algún resplandor siniestro.

—Parece ser allá en el barrio mismo del maestro — le repliqué, precisando ya más el lugar de la catástrofe; y sin perder minuto, nos lanzamos como flechas al escenario. Efectivamente, allí estaban forcejeando inútilmente unos cuantos hombres, por atajar aquel fuego, que se había cebado ya en diez, doce, catorce... casas, cuando nosotros llegamos. ¡Pobres hombres! «Es inútil dar coces contra el agujón», —les hubiera espelado yo a bocajarro, en cuanto me encontré con ellos, al ver la estopa reseca de sus casas, y la madera



inflamable que había en ellas; pero hubiera producido en ellos un efecto desastroso, y opté por lo contrario. Mandé traer agua, pero nadie se movió. Sugerí a los más vecinos, que desvencijaran el tejado de esta casa, para que no se pasara a las demás; y efectivamente, según mi palabra, dos hombres se subieron con machete en mano, para echar a rodar la techumbre de su casa. No pudieron dar más de tres golpes; el fuego saltó a su lado y, casi quedan envueltos en sus llamas, si no se hubieran escurrido como anguilas, por el lado opuesto, a una empalizada del corral. Aquello era algo horriblemente tétrico. En cinco minutos quedó todo presa de las llamas devoradoras. No hay exageración cuando se dice, que el fuego se corrió como un reguero de pólvora, por estas casas indias. Yo no pude más que cruzar una vez sus calles, y fué para ir dando bendiciones, a ver si el poder divino hacía, lo que al poder humano le era de todo punto imposible, atajar aquel incendio. A mí se me rasgaba el corazón al ver aquellos cristianos míos, llorar a grito partido, dando alaridos, ante tan súbita e inopinada desventura. Veíaseles rondar a ciegas, como locos, por entre aquellos cuchitriles, desafiando fuegos y humaredas, a fin de salvar sus únicos enseres y comestibles. Los hombres arrastraban sus cajones de madera o baúles de hojalata, donde guardan sus vestidicos de fiesta, alguna alhaja, o papeles de compraventa; las mujeres cargaban con sus pucheros de tierra o bronce, con todo el menú del día; a muchas jóvenes se las veía, con cestos llenos de arroz, mandia, guisantes y demás semillas, huir a lugar seguro, con tan rica presa; los niños aparecían con sus estereras arrolladas bajo el brazo, llevando escobas, espátulas, y algunos enseres más pequeños, que perdieron de vista sus mayores. Todos huían a la desbandada, al grito de sálvese quien pueda. Azorados, locos de paroxismo, subían desmelenados, andrajosos, sudorosos, desencajadas las órbitas de los ojos, gesticulando a su manera, y dando voces al Cielo, que seguía duro e implacable con ellos, en aquel día de desventura. Impotentes ante aquel torbellino de fuego y humo, trepaban sobre los riscos del monte que domina el pueblo, y desde allí sentados sobre ellos o de pie, a la sombra de un árbol contemplaban la visión tétrica en pleno día, que llegó a oscurecer la luz del sol y a semejar una boca funesta del averno. Desde allí, lo miraba yo también con el alma partida de dolor, y se me anudaba la garganta al ver aquellos cristianos, arrodillarse unos sobre cualquier pedrusco, llorar otros, a más no poder, con el corazón, los ojos, y las manos levantadas a lo alto, sin saber lo que pedían, aunque en el rostro y ademán de todos ellos se adivinaba una sola y simultánea súplica: «¡Señor, tened piedad de nosotros!».

Confieso que me contagié como ellos ante tanto dolor y pena; y también yo fuí a postrarme en medio de su calle ardiendo por ver si mi oración de sacerdote producía algún efecto mayor que la de mis simples fieles. ¡Qué no hubiera yo dado en aquellos momentos por tener poder de taumaturgo!... Tuve que apartarme de allí inmediatamente, porque una tolvanada de humo y fuego ardiente, me tostó la cara, y corría peligro de que ardiera mi sotana. Me volví a las rocas, pero a mí se me hacía intolerable aparecer estático e impasible ante tal hecatombe, y no hacía más que ir de grupo en grupo, para llevarles una palabra de aliento y consolar con mi presencia a los que lloraban desconsolados, en cuyos corazones ya empezaba a sentirse los remalazos de la desesperación, y a brotar chispas funestas de impiedad e irreligión.

En cuanto el humo denso de los primeros instantes desapareció, y los tejados de paja, quedaron hechos pavesas por los suelos, organicé la conducción de agua, para apagar los maderos y las vigas, que en cada choza ardían a más no poder, como en macabra competencia. Pronto, las jóvenes del pueblo y las mujeres más fuertes, obedeciendo mis órdenes, cogieron las ánforas de bronce, y se fueron por agua, al único charco que hay a las afueras del pueblo. Afortunadamente, estaba casi lleno, como si hubiera adivinado la falta que nos iba a hacer en esta ocasión. Venían las pobres chicas lo más aprisa que podían, cada una con dos o tres ánforas a la vez, en la cabeza y debajo del brazo, según sus fuerzas y conveniencias. Todos querían volcar el agua los primeros en su morada. ¡Lástima de bomba de manga o riego, para poder saciar sus deseos incontinentes! Pero... aquellos cántaros de agua, ¡qué eran para tan gran incendio!... Con todo, las aguadoras se mostraron incansables, y cán-

laro a cántaro, llegaron a secar el charco, dejando el fondo lleno una cloaca de sapos y sabandijas sucias. ¡Robres mu-  
ciacas, el agua que tuvieron que acarrear aquella tarde! Gracias a esas pudimos ir apagando los postes principales que amenazaban mayor ruina, y cuya salvación auguraba la de unos cuantos quintales más de arroz, para la familia así favorecida. ¡Cuántos perdieron allá, de golpe y porrazo, toda la hacienda del año; el montoncico de arroz de la cosecha, los vestidos de las fiestas, las poquitas rupias de papel o plata que guardaban en el cofre, las únicas ajorcas y collares de colores, con que adornaban a sus hijas el día de sus bodas!... Todo lo rebuscaban después, sobre las cenizas, con palos grandes de bambú, para no abrasarse las manos ni los pies desnudos. Y... qué de sorpresas se encontraban en la punta de la caña! Bolas de estaño y cobre derretido en caprichosa aleación, cuchillos, hoces, clavos, hachas galvanizadas, que pronto volverían a ser útiles, en sus manos; y hasta ¡oh maravilloso hallazgo! gallinas, cerdos, cabras, asaditas, todas en el rescoldo, y que a los rebuscadores les debió de saber a mieles, según el hambre que tenían, después de tantos sudores y fatigas.

Así quedó reducido el pueblo de Minyapanka a un montón de escombros y cenizas. Las casas siguieron ardiendo por mucho tiempo; en cambio mis cristianos quedaron a la intemperie, expuestos a todas las inclemencias del cielo y de la tierra. Aquella noche durmieron en aquellos campos baldíos, alrededor de sus enseres salvados, ojo avizor, para que manos inicuas, no vinieran a aumentar su dolor. Yo me retiré a la escuela, todo sudoroso y sucio. No tuve ganas de cenar, ni de acostarme; pero si me eché en el catre, fué para despistar la noche, porque de más me sabía yo que toda ella iba a serme una fatídica pesadilla.

Al día siguiente, cuando me levanté, aún humeaban las casas de mis cristianos. Yo dije misa solito en la capilla-escuela, por ellos; y cuando llegué al pueblo, aún me los encontré en la faena de extinción del fuego y en la búsqueda de utensilios. ¿Habrán dormido, esta noche, algo estos mis hombres? — me pregunté interiormente, y seguí adelante, a ver el grupo de mujeres que seguían guardando sus enseres en el campo. Las encontré más resignadas y tranquilas que ayer tarde. Ya habían digerido algo el amargo dolor de la jornada de ayer, y al fin, como cristianas, levantaron los ojos al cielo y me dijeron: «¿Qué le vamos a hacer? Hágase la voluntad de Dios». Hasta los niños reían como de costumbre. Yo estaba realmente confundido, y para animarles un poco les decía: «Dios castiga a los que ama, y esto no ha sido más que una prueba de su bondad. El os recompensará algún día, si sabéis llevar como el Santo Job, esta prueba en silencio y resignación». Hice ademán de marcharme, y ellos sin que se lo sugiriera nadie, según su costumbre, se arrodillaron todos sobre aquellos terrones, y me pidieron la bendición. Se la dí larguísima y copiosa, como ellos la deseaban, y me retiré de allí porque un nudo en la garganta, me hubiera comprometido la situación entre ellos, al ver aquel fervor en un pueblo de la selva, tocado amargamente por la mano del Señor.

GREGORIO

Misionero de Cuttak en Kattinga



Sobre los solares calcinados tratan los cristianos de levantar sus nuevas moradas



# TODAVIA VIVEN MONS- TRUOS



Es la anaconda, «scurijú» en brasileño, y «yacumama» en quechúa (*Eunectes murinus* Wang.), una boa propia de la cuenca del Amazonas, que vive casi siempre en el agua y de donde únicamente sale para comer y tomar el sol. En la cuenca peruano-brasileña que forma la hoyada amazónica hay gran cantidad de cochas, antiguos cursos del río a cuya vera están, o simples depresiones de terreno, que forman extensos lagos de aguas verdosas, paúles y tremedales, esteros y ciénagas.

Entre todos, los más extensos y peculiares son los aguajales, grandes superficies de tierra, a veces de muchos miles

de kilómetros cuadrados, siempre o casi siempre inundadas y donde crece con preferencia una palmera llamada aguaje. Lugares intransitables para el hombre es en ellos donde, con el calor ecuatorial y la abundancia de frutas que el aguaje da, se crían numerosas especies de animales que se alimentan de ellos y otros que viven a expensas de éstos. Es en toda esta maraña inextricable de pantanos donde los animales viven sin ser hostigados por el hombre, encuentran su propio «habitat» y alcanzan la plenitud de su desarrollo.

Hay dos clases de boas: la «sachamama» o boa de monte (*Eunectes constrictor*) y la «yacumama» o boa de agua



(*Eunectes murinus*). La primera, como indica su nombre, vive en tierra o enroscada a los árboles. Alcanza hasta 12 metros de longitud y podría, sin duda, desarrollarse mucho más, si su gran corpulencia y el profundo y prolongado reposo que precisa para sus laboriosas digestiones, no la hicieran fácil blanco de cualquier transeúnte.

Es la segunda la que alcanza dimensiones de verdadero monstruo. Las que se ven ordinariamente oscilan entre los 5 y 15 metros de longitud y 20 a 40 centímetros de diámetro, y es entonces cuando parecen estar en pleno desarrollo y necesidad de alimentos. Por eso es también cuando se muestran más atrevidas, no dudando en entrarse por los corrales para robar gallinas y cerdos, y hasta en las cocinas de las viviendas lacustres. Su caza predilecta es el venado y la danta o tapir, a quienes acecha enroscada en los árboles ribereños o a flor de agua en las orillas donde acostumbran beber estos animales; pero no duda en el ataque a otras fieras.

Vi un cuadro, magnífico tema para un aguafuerte de Dürero. Un caimán flotaba tranquilamente sobre la tersa superficie de un lago, cuando de súbito se vió abrazado por una boa. El caimán medía unos 4 metros de longitud; la boa alcanzaba cumplidamente los 8 metros. Hubo lucha en un soberbio cuerpo a cuerpo. El caimán trataba de seccionar a la boa con una feroz dentellada o magullarla con algún poderoso coletazo, pero la boa lo estrechaba cada vez más y, como si se tratase de un muñeco, lo hundía o lo elevaba completamente fuera del agua. El torbellino de la agitada lucha enturbió completamente las aguas de aquel remanso y no permitía ver lo que pasaba en la profundidad. Sin duda alguna la victoria hubiese estado de parte de la boa, si dos certeros balazos no hubiesen acabado con ambos contendientes.

Sacamos a tierra los cuerpos de los dos adversarios y observé que la boa era joven y de cuerpo lustroso. Los repliegues de la falda acusaban un estómago completamente vacío. Sólo el hambre pudo inducirle a servirse de un plato tan indigesto y poco exquisito como el cuerpo entero de un caimán.

No: esta reptil zelagarda no era sólo una lucha de rivales. La boa vencedora llevaría a su víctima a algún solitario paraje y, después de recubirla de amarillenta y viscosa baba, se enroscaría sobre ella hasta que, a los tres o cuatro días, estuviese el cadáver en descomposición, tiempo oportuno para estirarlo, valiéndose de sus potentes anillos, y empezar a deglutirlo lentamente.

Y luego vendría el sopor absoluto de una semana, de dos, quizá de un mes o el tiempo que necesitase para digerirlo todo.

Cuando la anaconda llega a tener grandes dimensiones se siente más perezosa y se retira a lugares inaccesibles; por eso es un acontecimiento, que ocurre raras veces en el siglo, encontrarse con algún espécimen de los más monstruosos.

En los tratados de fauna se la atribuyen longitudes siempre inferiores a los 15 metros; pero es cosa cierta que las hay mucho mayores.

Up. de Graff, vió una que pasaba de los 20 metros. En las grandes e internadas cochas del Bajo Putumayo, la comisión de Límites colombo-brasileña encontró una de 25. Más tarde quedarían estupefactos ante otro ejemplar que se aproximaba a los 40 metros.

En el mes de marzo de 1948, la prensa de Belém do Pará y Manaus, las grandes urbes de la amazonía brasileña, publicaba la sensacional noticia de que soldados del fuerte del Cajapó, en la frontera con las Guayanas, habían matado una extraordinaria «sucurijú» o anaconda, que medía 40 metros de largo, 80 centímetros de diámetro y 2'80 metros de circunferencia. Acosada por el hambre atacó a la guarnición y su fantástico peso de 5 toneladas era muy sobrado para aplastar las endeble construcciones donde trataba de subir. Quinientos tiros de fusil fueron precisos para dejar sin movimiento al mayor monstruo de que se tenga noticia en los tiempos modernos.

P. AVENCIO VILLAREJO  
Misionero del Amazonas

(De «El Apostolado»)



El misionero, portador de la antorcha de la fe y mensajero de la doctrina de Jesucristo, ha de ser no sólo apóstol y maestro sino también médico de las almas y de los cuerpos. Como Cristo ha de curar a un tiempo las heridas del alma y las del cuerpo. Cual otro Samaritano lo vemos en dispensarios, hospitales, leproserías... derramando con mano pródiga el bálsamo de sus consuelos y de sus cuidados allí donde hay un dolor que mitigar y una llaga que curar. ¿Quién desconoce la historia de innumerables misioneros que cayeron víctimas de su celo apostólico contagiados por la lepra o por el tífus? ¿Quién no recuerda la epopeya del P. Damián y de tantos otros héroes de la caridad?

A la luz de estos hechos la medicina cobra una importancia capital en su relación con las misiones. El misionero necesita conocimientos suficientes y medios adecuados a fin de desarrollar cumplidamente su labor. Cuántas veces perdido en el corazón de las selvas o en la estepa desolada o sepultado en una choza bajo la nieve ha tenido que valerse de procedimientos los más rudimentarios para curar los cuerpos doloridos de sus ovejas, al mismo tiempo que las confortaba con sus auxilios espirituales.

Algo se ha hecho a este respecto en el mundo católico. En la exposición misional celebrada en Letrán el año 1926



se construyó, por iniciativa de Pío XI, un «stand» dedicado a la sección médica, bajo la competente dirección del eminente franciscano P. Agustín Gemelli. Sucesivamente fueron surgiendo en diversas naciones de Europa y América asociaciones especialmente creadas con el fin de preparar personal técnico y facilitar a las misiones toda clase de instrumentación y medios clínicos imprescindibles; tales como «L'Aide Médicale aux Missions», en Bélgica, «L'Association des Laïcs Universitaires Catholiques Missionnaires», en Francia, la «Catholic Medical Board» y la «Catholic Hospital Association», en Estados Unidos, etc. etc. El beneficio que estas beneméritas corporaciones reportan a las misiones es inponderable. Allí donde antes el misionero tenía que servirse de sus rudimentarios conocimientos caseros en el tratamiento de sus enfermos, hoy llegan los equipos especializados y los más modernos adelantos de la cirugía y de la ciencia médica.

Se ha procurado asimismo incrementar el estudio de este ramo del saber en su relación con las misiones mediante conferencias y círculos de estudios convenientemente preparados y desarrollados con asistencia de gran concurso de alumnos. Son dignos de mención los realizados en las Universidades de Lovaina y Friburgo, en la Gregoriana de Roma y en los Institutos Católicos de París y Lila.

Otra manifestación de este movimiento médico-misional fueron los Congresos Internacionales de médicos católicos en los que también fué objeto de estudio detenido este tema tan sugestivo. Como consecuencia inmediata de estos estudios en el primer Congreso celebrado en Reims, el año 1933, se creó un Secretariado Internacional Médico-Misional; y en 1947, en el tercero de estos Congresos, reunido en Lisboa, después de haberse desarrollado ampliamente dicho tema se llegó al siguiente corolario: «Todas las asociaciones de médicos católicos deben tener una asociación destinada especialmente a las misiones.»

En nuestra Patria poco se ha hecho en este sentido. A partir de 1924 el Director Nacional de las Obras Misionales Pontificias viene solicitando la cooperación de los médicos españoles en favor de las Misiones. En el Congreso de Misiones de Barcelona, en 1928, el Dr. Royo Villanova, que había de tomar parte en él, no pudo desplazarse a causa de enfermedad. Sin embargo, en dicho Congreso el obispo auxiliar de Madrid, Doctor Morcillo, leyó un trabajo sumamente interesante sobre la Medicina y las Misiones. Más tarde, en Vitoria, se formó una Asociación de Médicos Misionales que prestó grandes servicios a algunos misioneros. Se promovieron igualmente Cursillos de esta índole en Bilbao, Pamplona y Salamanca.

Todos podemos cooperar, en medio de las obligaciones de nuestro estado y en la medida de nuestras fuerzas, a la gran obra de las misiones. Hay todavía en el mundo varios millones de hermanos nuestros que desconocen a Cristo y precisan de nuestros socorros materiales y espirituales. Es una obra de caridad interesarnos por ellos. Los médicos pueden realizar una valiosa y meritoria campaña misional colaborando con el misionero con la aportación de sus conocimientos y experiencias. Muchos no sólo lo han hecho ya, sino que han sacrificado su vida y sus intereses para consagrarse enteramente al servicio de las misiones. Que todos quieran aportar su granito de arena y recibirán también la alabanza del Señor al Samaritano compasivo, y en el cielo el ciento por uno.

P. J. CRUZ ROMERO, O. F. M.





## Religión sin hábito

El sol de la India enviaba sus abrasadores rayos al «Pueblo de los Dioses»: un apartado pueblecillo consistente en unas cuantas chozas de barro, amontonadas como asustadas ovejas.

A la sombra de las chozas, resguardándose del extremado calor, se encontraba un grupo de hombres y niños. Era por la mañana, temprano, y sin embargo, nadie tenía nada que hacer, excepto las mujeres de la aldea, que se hallaban atareadas cociendo granos y legumbres, en sus chozas, o sacando agua de un pozo medio vacío.

La ociosidad de los hombres y de los niños, era debida al hecho de ser todos ellos peones en las granjas de los hombres de casta, y ser entonces la época de los grandes calores; la cosecha había sido ya recolectada unas cuantas semanas antes, y todavía no era tiempo de labrar las tierras; los campos que los rodeaban, los campos de los hombres de casta, sus amos, se encontraban tan resecos y duros como cáscara de nuez. Sus amos no podían darles ningún trabajo, por lo tanto, durante el transcurso de muchas semanas, no tendrían más ocupación que la de permanecer sentados a la sombra de sus chozas, deseando tener unos puñados de grano para la comida del día y tener con quien hablar de los chismes de la aldea.

La aldea carece de radio, de periódicos, de libros; pero aún cuando dispusieran de libros y periódicos, de poco les servirían, ya que tan sólo dos jóvenes que habían trabajado en ciudades importantes, eran las únicas personas que sabían leer.

Su analfabetismo, les abrumaba grandemente, por hallarse expuestos a ser fácilmente explotados al no poder leer un recibo, en el cual habían impreso su pulgar, para obtener algo que comer durante esos meses que se encontraban sin trabajo, o bien por no saber sumar el importe de una compra efectuada.

Frecuentemente deseaban tener una escuela en la aldea, que les serviría para

evitar la explotación de que eran víctimas; por otra parte, los niños tendrían la oportunidad de hacer algo que no fuera el vagar durante el día entero, escuchando las habladurías de los mayores.

Pero por muy grande que fuese este deseo, no pasaba de ser un deseo, y la escuela era muy necesaria para esa turba de harapientos y mal alimentados.

En la India viven 60 millones de parias. Los castas y los parias suman 400 millones, de los cuales, solamente saben leer y escribir un 12 por ciento.

La aldea descrita es una entre otras mil, semejantes. ¡Cuán diferente sería si tan sólo un misionero seglar se cuidase de su educación y les enseñase a fabricar esteras, por ejemplo! De este modo, podrían trabajar y ganar alguna cosa, durante todos esos meses que pasan sin trabajo en el campo; también podría, ese misionero, cuidarse de hacer construir una escuela para esa multitud de niños, de los cuales dijo Nuestro Señor: «Todo lo que hicieras por uno de esos pequeños, me lo habrás hecho a mí».

Entre todos esos hombres y niños agrupados a la sombra de sus terrosas chozas, resguardándose de la crueldad del sol tropical, se sentaba el viejo Bahu, cuyos talones roídos por la lepra, le impedían alejarse de la aldea. También se sentaba allí Singam, cuyas hinchadas piernas, por la elefantiasis, le obligaban a permanecer todo el día, ante su choza, aun cuando todavía era joven. En el interior de la choza, su esposa Angu, aguardaba su cuarto bebé —la mujer del barbero esperaba ser llamada cualquier día para actuar de comadrona— y Angu, hacía frecuentes sacrificios ante los ídolos de la aldea, para obtener que viviese ese hijo, ya que los otros tres habían muerto, uno de tifoides, de una desconocida fiebre otro, y el tercero, por la infección de una herida que se produjo; «El Destino» y la malignidad de los dioses. Alguien, sin duda, fué un día a decirles que aquellas muertes eran debi-

das a la insalubridad del pueblo, pero esto, según pensaba Angu, era un absurdo; su religión le había enseñado que el Destino era el destino, y que por lo tanto ningún sistema sanitario podía influir, ni mucho menos, modificar la decisión de los dioses de enviar enfermedades cuándo y dónde ellos quisiesen. A la mayor parte de los niños de la aldea, también les ocurren estas cosas: inflamación del bazo, producida por la malaria, conjuntivitis, gusanos, ictericia, etc. Y las atenciones médicas son muy difíciles de obtener.

En la India sólo hay un doctor por cada 10.000 habitantes, y cada año mueren de 6 a 7 millones de seres humanos, de enfermedades que pueden ser evitadas. ¡Qué diferente sería el estado sanitario de este pueblo, si un misionero seglar, médico, viviese entre ellos!

\* \* \*

Hay un pueblo próximo a esta aldea de parias, llamada «Pueblo de los Dioses», pueblo de castas, con sólidas murallas de piedra y casas cubiertas de tejas; los de casta, celebraban una fiesta en honor de la diosa de las viruelas, un terrorífico ser con cuerpo de mujer y cabeza de hombre.

Esta diosa, recientemente envió una epidemia variolosa, que se extendió por todo el distrito y a consecuencia de la cual, murieron innumerables personas, sufriendo, otros, durante largo tiempo, las consecuencias de tan atroz dolencia.

Por todo esto, el pueblo celebraba una fiesta, con caracteres de orgía propiciatoria.

Los parias, en el «Pueblo de los Dioses», oían los furiosos redobles de tambor, y veían, según manifestaron, a los castas adorando a la diosa, con profundas reverencias ante el ídolo, ofreciendo frutas, flores y cocos. La última semana de la epidemia, cuando ésta hubo alcanzado su mayor desarrollo, degollaron corderos y pollos ante el altar de la diosa, con más temor que devoción, aun



# Campaña Pro Pacificación de los "Motilones"

## Información

La Campaña Motilona de Pacificación de los indios Motilones sigue en pie. El primer sábado de cada mes un avión militar que se levanta de Maracai, llega a Maracaibo en las primeras horas de la mañana; y, mientras los aviadores se desayunan, nosotros cargamos las famosas «bombas de paz» y les acomodamos los «para-caídas».

Volamos después sobre los bohíos motilones del valle de la Misión y del río Arikuaishá, y sobre ellos dejamos caer el «maná» del cielo: sal, cobijas, vestidos, herramientas, pailas, juguetes...

Esas «bombas» son «de tiempo» y estallarán, poco a poco, en el corazón de los Motilones. Algunas, ya estallaron; de ahí que los Motilones, en vez de esconderse como al principio, salgan de sus bohíos al oír el zumbido del avión, se montan sobre los mismos, nos saluden, nos hagan señas de que ya están usando los regalos, y por medio de gestos nos indiquen de que les tiremos más regalos y de que nos bajemos entre ellos.

Estas «bombas de paz», que en cada vuelo equivalen más o menos a quinientos o seiscientos bolívares, son fruto del amor de los maracaiberos a los indios Motilones. Algún día, cuando ellos lo sepan y lo entiendan, levantarán en alguna de sus ciudades un monumento a los maracaiberos y a las «bombas de paz», gracias a las cuales ellos se tornaron de bravos en mansos.

También seguimos adelante con el empeño de reunir cien mil bolívares para la compra de un helicóptero que, en el sentir de todos, nos permitiría descender sin riesgo entre los Motilones y nos abriría de una vez paso por todas sus tierras y su corazón. No se olvide que buscamos la anexión afectiva y efectiva de los Motilones a Venezuela.

Muchas grandes Empresas y muchas grandes personas siguen con las manos en la cabeza filosofando y discutiendo si darán o no darán, si ayudarán o no ayudarán para la Campaña pro Pacificación de los Motilones.

Me parece que ya es tiempo que bajen las manos de la cabeza, se dejen de tanto pensar, metan las manos en los bolsillos y se decidan a ayudar con patriotismo y caridad cristiana.

\* \* \*

Gracias a Dios, siguen llegando contribuciones para la obra imponderable de pacificar a los indios Motilones.

No faltan algunos, que aún siguen filosofando y discutiendo si los Motilones se amansarán o no se amansarán. Aún son muchos que se atreven a pensar y decir que los Motilones sólo se amansarán con plomo. Estos sólo creen en la fuerza de la pólvora y la dinamita, sólo confían en la defensa de los guachimanes y de los maúseres.

Pero otros, sí, creemos en la fuerza psicológica, la fuerza del amor, de los regalos. *Dádivas quebrantan peñas*, dijimos y seguiremos diciendo. Y otro refrán español llega a decir que «más puede la psicología que la física: más pueden faldas que plumas y espadas».

No hay duda que el acero taladra las rocas; pero también la gota de agua horada las montañas.

Seguimos creyendo en la Pacificación de los Motilones. Pero determinar el día, la hora, el modo, etc., en que se verificará el primer contacto pacífico, es cosa reservada a la omniscencia de Dios.

Nosotros, sólo podemos decir: que cuántos más regalos y más frecuentes y de más valía les hagamos, más pronto los amansaremos y se harán nuestros amigos.

cuando pocos de ellos pudieran soportar tales sacrificios.

También tuvo lugar un baño litúrgico en el estanque del pueblo, para lavar sus pecados y quedar limpios de toda culpa, para que la diosa quedase complacida y cesase su ira. Pero no transcurrió mucho tiempo cuando la viruela volvió a hacer de nuevo su aparición. Sus sacrificios y sus baños demostraron no tener mucha eficacia. Los oficiales del gobierno acudieron para vacunarlos, pero la mayor parte de ellos, y especialmente las mujeres, se ocultaban en sus casas, rehusando la vacuna y temiendo que esto fuera una afrenta para la diosa y se ofendiera de nuevo.

Así, pues, la aplicación de los modernos conocimientos aguarda la llegada de una fe, que lo permita.

De los 400 millones de habitantes que tiene la India, solamente hay 7 millones de cristianos, y de éstos, muchos son niños.

He aquí una oportunidad para que los misioneros seculares cumplan el mandato del Señor, «Id por todas partes y enseñad a todas las naciones»; y de este modo mostrar a tan numeroso pueblo, la

naturaleza del verdadero sacrificio y el modo de limpiarse eficazmente del pecado...

¿Qué es un misionero secolar? Es todo aquel que desea ardientemente dedicarse enteramente a Dios y estar a su servicio, aun cuando su vocación no le lleve a ingresar en un convento.

Para la preparación de misioneras existe un centro internacional en Bruselas, en donde mujeres de todas nacionalidades, incluso inglesas, se preparan para ir al extranjero, como educadoras, enfermeras y evangelistas.

Hacen un voto de cinco años para servir en un país de misiones y este voto debe renovarse antes de que se haya llegado a su término.

Terminada la preparación, se las envía, en grupos, para que comiencen sus tareas, bajo la dirección del obispo del distrito, para el cual han sido solicitadas. Ellas viven en el mundo, pero no son del mundo; sus tres principios espirituales son: Renunciación, caridad verdadera y alegría constante. Son «religiosas» sin hábito, estando por completo consagradas a Dios, pero vistiéndose a la moderna vestidos comunes.

Esta sociedad misionera, la más recientemente fundada, ha sido autorizada por las autoridades eclesiásticas de Roma. Desde muchos distritos misioneros, llegan constantemente apremiantes llamadas para que les sean enviados alguno de estos grupos de misioneras. Ya han sido enviados algunos de ellos al Congo y a la China.

Es de esperar que no tardará mucho tiempo, en que se funde en Londres un centro de preparación, como el de Bruselas, pero para ello es necesaria la ayuda de las personas piadosas que contribuyan a la obra, con sus oraciones y con sus bolsillos... particularmente se necesita la generosidad de alguien que haga donación de una casa para dar comienzo a esta labor. Mientras tanto, es en Bruselas donde se preparan un buen número de sinceras y virtuosas jóvenes.

Si usted cree que Dios le pide que haga alguna cosa para esta obra, escriba a Mlle. Poncelet, 90, Rue Gachard, Brussels, Belgium; o a Miss D. H. Southgate, Canossian School, Parkway, Weylyn Garden City, Herts, England.

(Traducido de la Revista «Missions and Missionaries», por A. SOTO GARCIA).



# "Mi primer viaje a la Misión"

CATHOLIC MISSION  
CHANGTEH, HUNAN, CHINA  
湖南常德天主教會

Sr. Director de "Misiones Catolicas"

Sr. Director: De joven cuando en los claustros se formaba mi vocacion misionera, leia siempre con sumo gusto su revista. Ahora - que ya soy misionero quiero aportar mi granito de arena para - contribuir cuanto pueda al perfeccionamiento de su revista, de - seando que cada dia sea mas conocida y que llegue a ocupar un - lugar preferido en todos los hogares cristianos de Espana.

Corrijan cuanto en el articulo vean censurable en cualquier - sentido de la palabra.

Quedo a su disposicion para todo aquello en que pueda ser - virles al mismo tiempo que le envio mi primer saludo:

Atenta carta del Rdo. P. Luis Casado, Agustino Misionero de CHANGTEH la cual acompaña el siguiente interesante artículo, que mucho le agradecemos.

El día 1.º de febrero, atravesamos el P. Agustín Fuertes y el que esto escribe, el brazo de mar que separa Hong-kong del continente asiático. En Kowloong, última ciudad de sabor europeo, tomamos el tren y nos dirigimos a nuestra misión de Changteh. Era la primera vez que yo pisaba el suelo de la República Celeste y mi curiosidad me llevaba a observar cuanto se ponía al alcance de mi vista. Los pueblos que continuamente iban apareciendo, cobijaban a sus moradores que asomaban media cara por sus puertas entreabiertas. De trecho en trecho, veo pelotones de soldados que custodian la vía y vagones de heridos que bajan del frente del norte de las provincias meridionales.

La tarde avanza y el día continúa espléndido. Nubes errantes tocan las puntas de los árboles mientras éstos brillan con luz dorada de atardecer. Dejamos atrás los llanos y comienzan las ondulaciones de una cordillera por donde comenzamos a subir. Las hierbas rebosan de sabia abundante y el sol se va haciendo más amarillento y más grande a medida que resbala hacia el abismo. De trecho en trecho descubrimos todavía algunas chozas de sabor prehistórico después sólo algunos animales que aprovechan la hierba de las hondonadas con la oreja inquieta, las pupilas azoradas e iniciando continuos movimientos de fuga, que revelan la ley de la vida, el interminable alerta de los débiles. Nos internamos luego en la cordillera que al morir el sol aparecía festoneada de cúpulas; dos águilas caudales planeaban en las altas cimas, buscando en los abismos alguna presa que arrebatarse. Después se hizo el silencio en torno nuestro, sólo interrumpido por los rugidos de la máquina, cuyo eco repetían las colinas en la lejanía.

UN ASALTO AL TREN.—Al volver a mi asiento, encuentro a mi compañero en conversación con un chino. Nada entendía yo de aquel lenguaje, pero a juzgar por la expresión de aquellos ojos oblicuos, y de aquella cara semita, sospeché que se trataba de comunistas, ladrones o de algún drama sangriento. El chino terminó su relación y acto seguido pedí a mi compañero que me pusiera en lenguaje cristiano aquel conjunto de monosílabos que a mí me parecían tan incoherentes. Oí esta relación: Cinco días hace, los bandidos que ahora han ascendido a comunistas, asaltaron el tren, robaron a los viajeros que iban en primera y en tercera, y al comenzar con los de segunda que iban en el medio, llegaron los soldados que dispersaron a los bandidos, muriendo un soldado en la refriega. Esta relación me conmovió un tanto. No sería difícil que a la vuelta de una de aquellas montañas por donde nuestro tren iba zigzagueando penosamente, nos encontráramos con gente tan poco deseable. Pero Dios no lo quiso y después de dos días de viaje en tren, llegamos a la capital de Hunan: Changsa.

CHANGSA.—Nos hospedamos en la misión de los padres franciscanos italianos, que nos recibieron con el mismo regocijo con que se recibe a quien por largo tiempo se espera. Todos estaban dispuestos a permanecer en sus puestos, aunque en aquellos días flotaba en el ambiente una pesada atmósfera de inquietud por miedo a los comunistas. A un tiro de piedra estaba el colegio protestante. Los buenos «Pastores» habían renunciado ya al cayado y ahuecado el ala.

LA SEGUNDA JORNADA.—Al día siguiente, muy de mañana, tomamos el autobús que los misioneros llaman «carro», por ser éste el nombre que merece. Pregunto a mi compañero por la hora y él me responde: «Son las siete, a eso del mediodía estaremos en Changteh», pero no sucedió así. Habríamos andado un kilómetro, cuando el «carro» se nos para. Nuestro pacienzudo chófer consigue ponerle en movimiento después de tres cuartos de hora de examinar el motor y de dar vueltas a la manivela. Así trampeando, llegamos a la orilla del río que debíamos atravesar. La cuesta estaba muy pendiente y resbaladiza a causa de la lluvia, y en medio de ella nos paramos. Me asomo por la ventanilla y veo una centuria de soldados que van pasando, uno tras otro, total doce cañones. Comienzan a pasar después el bagaje que suponen cien soldados. Dos horas habían transcurrido, pero al fin nos alegramos, porque ya nos tocaba pasar a nosotros. En esto, veo que un oficial que parecía cerrar la comitiva militar, se para y examina nuestro carro; después se dirige con palabras enérgicas a los viajeros, quienes comienzan a bajarse. Nosotros nos bajamos también y miramos lo que el oficial nos señala con el dedo: una rueda amenazaba reventar. No hubo más remedio que volver al punto de partida. En la estación de coches conseguimos, después de una acalorada disputa con los oficiales de la compañía, que pusieran a nuestra disposición un carro nuevo, con el que anduvimos felizmente durante algunas horas hasta llegar a un río que debíamos atravesar para pasar la noche en un pueblo cercano. Eran las siete de la tarde cuando llegamos al río y las nueve y media cuando llegamos a la orilla opuesta. ¿Qué sucedió? Un carro se había atollado en la parte opuesta del río. Nuestro chófer se contentaba con hacer sonar la bocina cada cuarto de hora, para que el Caronte de aquel río nos hiciera paso. Este señor fué a decirnos lo que ocurría, después de estar dos horas estancados, invitando a los viajeros a que sacáramos el carro del atolladero si queríamos pasar, como en efecto así se hizo.

YANG.—Así oí nombrar el pueblo cercano al río en donde pernoctamos. Con las maletas en la mano, la lluvia sobre nuestras espaldas y un barro que amenazaba invadir nuestros zapatos, buscamos la casa del misionero. No estaba en



casa, pero el sacristán nos abrió la puerta, tomando nosotros posesión de ella. Con unos fideos calientes, un té más caliente aún y con las reservas de plátanos que traíamos y que vinieron en auxilio de los fideos, pasamos la noche divinamente.

**LA ULTIMA JORNADA.**—Al día siguiente emprendimos de nuevo la marcha. Nuestro nuevo autobús trasponía colinas, salvaba precipicios y atravesaba ríos montado en barcas gasolineras. Todo iba a las mil maravillas. Después de cuatro horas de viaje, Changteh se nos presentaba a la vista. A medida que nos acercábamos, crecía nuestro deseo de respirar aire puro y de poder dar algo de libertad a nuestras extremidades inferiores que en vano buscaban un rincón para poder cambiar de posición. Pero aquí nos sucedió otra peripecia. El coche se para. ¿Qué sucede? Nada, nos contestan, se ha terminado la gasolina y el chófer, naturalmente, tiene que ir a la ciudad a buscar más. En los viajeros no noto asomos de intranquilidad; era aquella una paciencia irritante que ponía a la mía en carne viva; me convencí entonces de que la impaciencia no entra en el léxico de los chinos. Dos horas después, entrábamos en Changteh.

**EN LA CASA DEL SEÑOR DEL CIELO.**—Esta era nuestra misión y esto significan las palabras chinas con que se la nombra. En toda la casa reinaba el silencio. Pisamos fuerte para hacernos oír; nadie da señales de vida y entonces nos dirigimos al comedor, porque era ya el mediodía. Allí encontramos al P. Nicanor Alcántara con la comida delante, los brazos cruzados sobre la mesa y con una profunda arruga en la frente, señal de intensa preocupación. Cambiamos los primeros saludos y luego, para hacernos comprender la profunda alegría que le causa nuestra llegada, nos dice que todas las preocupaciones y problemas que traía entre manos, se le habían ido como por encanto; las primeras huidas y los segundos resueltos. En esto llega el Señor Obispo. Con una alegría que irradia y comunica a cuantos con él conversan, nos dice que estaba acostado en cama, un poco enfermo, pero que al notar el ruido y al distinguir la voz del P. Agustín, se había sentido repentinamente curado. Acto seguido nos sentamos a la mesa. Aquella comida, por ser extraña a mi paladar europeo, me hace recordar muchas cosas a las que di el último adiós al salir de España, pero todo se compensa y se supercompensa con la alegría que allí reina y por estar cobijados en aquella casa del Señor del cielo, cuya causa hemos emprendido.

F. Luis CASADO,

Agustino, Misionero de Changteh



Reciente foto del Ilmo. Sr Obispo de Changteh con siete nuevos seminaristas.

## La sombra de Bela Kun

por

José-Oriol Cuffí Canadell

(Continuación)

LA REVOLUCION DE 1945

Muy difícil resultaría poder explicar los tristes y graves acontecimientos que se desarrollan en Hungría en estos días azarosos de una postguerra que parece presagiar nuevos peligros y nuevas y terribles calamidades, si se dejasen en olvido las sangrientas experiencias revolucionarias vividas por esta gran nación católica de la Europa central, en el período inicial de la postguerra anterior, y cuya génesis y desarrollo hemos procurado explicar, en brevísima síntesis en los anteriores capítulos.

Hoy como ayer, los enemigos del nombre cristiano se han lanzado sobre el gran país de los magiares, para borrar si pudiesen hasta del fondo de los corazones, la fe de Cristo, la sumisión y obediencia a la Iglesia y el amor filial al Romano Pontífice. Hoy como ayer, las fuerzas del comunismo internacional parecen ser las encargadas, en definitiva de realizar hasta el fin, tan funesta labor.

No ha necesitado, sin embargo, el nuevo Bela Kun —el poderoso judío Rakosi—, la previa experiencia, funesta y adormecedora, de otro Karoly, para implantar el despotismo y la opresión. La tétrica marcha de los ejércitos soviéticos hacia el corazón de la vieja Europa y su presencia física en las ciudades y pueblos de Hungría, ha permitido a los jefes rojos prescindir, por esta vez, de una preparación revolucionaria realizada al estilo masónico, lanzándose decididamente a la eliminación brutal de todo cuanto pudiese significar oposición a las perversas doctrinas del materialismo marxista.

Cierto es que en una primera fase, han tratado los comunistas de buscar colaboraciones en otros partidos y tendencias afines a sus planes sectarios, y aun de aparentar un respeto hacia los sentimientos religiosos de la población, pero en realidad esta táctica no respondía, como ocurrió en 1919, a una absoluta necesidad en orden a la implantación de su programa; se trataba tan sólo de aparentar a los ojos del pueblo católico una mentirosa benevolencia, con el fin de atraer a sus filas a los incautos y asustadizos.

Respaldado Rakosi y sus secuaces por el poderío de la U. R. S. S. y las complacencias de los «occidentales», no les era imprescindible pactar ni con la burguesía liberal ni con la socialdemocracia para conseguir sus objetivos. Si en algunas ocasiones se unieron —y aun en nuestros días existe, al menos teóricamente, tal colaboración— en «frente único» con elementos no comunistas, lo han realizado exclusivamente con la finalidad apuntada.

En este aspecto hemos de considerar la detención y subsiguiente proceso del Cardenal Mindszenty, como el término final de una etapa de descristianización diabólica, que, con la gracia de Dios, ha representado un ruidoso fracaso para los jefes comunistas, y en consecuencia como el comienzo de un nuevo período de franca agresión para eliminar pura y simplemente a los Pastores de la Iglesia y a los dirigentes de las organizaciones católicas.

Pero, a pesar de todo, no se crea que el encarcelamiento del Cardenal Mindszenty haya sido la primera demostración del espíritu persecutorio del comunismo en Hungría. Otros graves y significativos sucesos prepararon metódicamente, y con evidente hipocresía, el complot tramado por Rakosi y sus colaboradores



afines para eliminar la figura más representativa de la Iglesia Católica húngara. Más aún; fué la firmísima oposición del Cardenal a las tentativas encaminadas a vulnerar los supremos derechos de la Iglesia, so capa algunas veces de patriotismo y justicia social, la que en cierto modo indujo al gobierno comunista a actuar violentamente contra el Primado, a fin de aterrorizar a los restantes Obispos e inducirles a practicar una política de colaboración con los enemigos de Dios, dándoles en contrapartida garantías y ventajas de orden material.

No ha sido conseguido tampoco el propósito criminal del sectarismo organizado. La entereza del Episcopado húngaro no ha decaído un instante cuando se ha tratado de defender el sagrado depósito de la fe y de instruir a los fieles sobre las ventajas de nuestra sacrosanta religión. Podemos decir, sin paliativos, que la Iglesia ha obtenido en Hungría uno de sus más señalados triunfos. Los confesores y los mártires que no han vacilado, aun a costa de su libertad y de su vida, en hacer pública manifestación de su fe en Cristo y a exteriorizar su devoción y subordinación hacia su Vicario en la tierra, son el testimonio más elocuente de la victoria sobrenatural de los hijos de Dios sobre los súbditos de Satanás.

#### FASES DE LA PERSECUCION COMUNISTA

Desde los primeros instantes de la conquista de Hungría por las tropas soviéticas y la subsiguiente instauración de un gobierno controlado por el partido comunista, se perfiló claramente el especial matiz anticatólico que iban tomando las diversas medidas gubernamentales.

Ya el 18 de octubre de 1945, pocos días antes de las elecciones, Monseñor Mindszenty advertía a los fieles del peligro que se cernía sobre la nación a causa de las tendencias imperantes en el seno de la coalición que trataba de implantar una dictadura absorbente y esencialmente sectaria. «Nuestra espera, decía Monseñor Mindszenty, fué larga y paciente. Varias veces sentimos la necesidad de levantar nuestra voz, pero no deseábamos impedir el proceso ni hacer más difícil todavía la tarea de los hombres de buena voluntad al tomar abiertamente determinada posición. Más hoy, en víspera de las elecciones, nos es imposible continuar en silencio. Explicítamente debemos declarar que vemos en la vida pública húngara varios indicios que son francamente contrarios a los principios de la pura democracia... Debemos afirmar que a ningún elector cristiano le es permitido sostener con su voto una tendencia que, sin restricción, lleva a los crímenes de la tiranía y de la opresión, al ignorar los principios de la ley natural... ¿Podemos creer que estos hombres, una vez en el poder, respetarán los derechos fundamentales, si hoy en día, no teniendo poder ni competencia, se atreven a atentar contra una ley respetada por todo ser humano?»

El temor de Monseñor Mindszenty se reveló bien pronto del todo fundado. No hemos de seguir, punto por punto, la revolución de los acontecimientos estrictamente políticos. Para nuestra intención y propósito, basta recordar que, en méritos de aquella táctica a la que hemos hecho alusión anteriormente, los comunistas fueron incautándose cauta y progresivamente de los resortes del poder, eliminando con la misma calma los partidos y personajes que podían significar oposición o freno a sus perversos propósitos. Lo mismo hicieron en sus planes de ataque contra la Iglesia. Quizás podrían señalarse, en esta actividad fundamental de Rakosi y de su partido, cinco fases sucesivas en cada una de las cuales se emprendía una acción positiva contra la vida religiosa, y que trataremos de resumir de un modo concreto, señalando únicamente los hechos culminantes desarrollados en cada una de dichas fases.

*Primera fase:* Confiscación de los bienes y propiedades eclesiásticas, cuyos beneficios estaban desti-

nados al sostenimiento de la Iglesia y de sus ministros, a diversas instituciones religiosas y de beneficencia y al mantenimiento de las escuelas católicas. Esta medida, que en lo que podía tener de beneficioso, salvando siempre los derechos adquiridos y una adecuada y justa indemnización, fué aceptada siempre por la jerarquía, iba encaminada a suprimir toda actividad «externa» de la Iglesia, sobre todo su misión educativa a través de la magnífica red de escuelas que aseguraban la formación completa de las nuevas generaciones. No consiguió esta medida gubernamental, como cabía prever, el efecto esperado.

*Segunda fase:* Disolución de las organizaciones católicas, especialmente de las juveniles. Para comprender la trascendencia gravísima de semejante disposición, recordaremos las tres grandes asociaciones que, aparte de la Acción Católica, influían de un modo más directo sobre la población: las Congregaciones Marianas, la unión de hombres católicos «Credo» y la organización de jóvenes campesinos «Kalot». Por su importancia e indudable influencia, haremos mención especialísima de la primera, dirigida por los padres jesuitas, que desde su sede central de Budapest mantenía una actividad constante a través de sus grupos parroquiales, sus atenciones de tipo espiritual y social para con los obreros y una excelente revista formativa de alto nivel cultural. Las tandas de ejercicios espirituales y las peregrinaciones constituían una demostración palpable de su vigor y de su destacada proyección en el campo apostólico.

Simultáneamente fueron suprimidos todos los periódicos católicos, excepto dos, cuya existencia se ha visto combatida con toda clase de argucias y obstáculos, llegándose en numerosos casos a la incautación de ediciones enteras cuando contenían pastorales o advertencias del episcopado sobre la política persecutoria del gobierno.

*Tercera fase:* Prohibición de la enseñanza religiosa en las escuelas e implantación del monopolio de los libros escolares. Esta decisión del gabinete motivó un sinnúmero de protestas entre la población, mereciéndose destacar por su importancia y significación la llevada a cabo por diez mil obreros de Csepel.

Ante la reacción del pueblo contra este atentado a la libertad religiosa, los comunistas, sin retroceder un ápice en su ofensiva contra la formación cristiana de los niños y de la juventud, iniciaron una campaña en pro de la reconstrucción de las iglesias destruidas o dañadas por la guerra, simultáneamente con una propaganda específica encaminada a mostrar una amistad del partido con los elementos católicos.

#### LA NACIONALIZACION DE LAS ESCUELAS CATOLICAS

*Cuarta fase:* El momento culminante de la trayectoria señalada por Rakosi se caracteriza por tres factores primordiales: nacionalización de las escuelas, prohibición de las instituciones benéficas singularmente de la «Caritas», y apelación a la organización comunista para lograr el apartamiento del pueblo y de los sacerdotes de sus Obispos, mediante la difamación y la calumnia.

Había llegado la ocasión predicha por Rakosi: «La democracia ha terminado en Hungría todas sus tareas. Cuando llegue el instante adecuado, liquidará también la reacción oculta detrás de la Iglesia Católica». La nacionalización de las escuelas era uno de los puntos más importantes del programa del comunismo.

Para darse cuenta de la importancia de dicha nacionalización, es suficiente comparar el número de escuelas sostenidas por la Iglesia con las dirigidas por el Estado. Las escuelas católicas sumaban un total de tres mil, para cuya eficacia técnica existían treinta y tres escuelas normales católicas que garantizaban la formación de un profesorado competente y numeroso; frente a estas cifras, el Estado controlaba unas mil novecientas escuelas y diez y ocho normales.

(Continuará.)





# Selección



## RUSIA, POR LA RELIGION

El «Servicio de Informaciones de la Iglesia Oriental», publica:

«Acaso en ningún lugar como en la U. R. S. S. y en ningún otro período histórico como en el actual aparece en toda su espléndida verdad la afirmación religiosa de que el alma es «naturalmente cristiana».

La propaganda antirreligiosa de los sin Dios se tradujo en una eficaz acción pedagógica entre las generaciones jóvenes de la U. R. S. S., que crecen sin ninguna fe y sin ningún sentimiento religioso. Sin embargo, aun en estas vidas jóvenes aflora a veces y parece volver a retoñar la religión descubriendo a la juventud nuevos sentimientos de delicadeza y de bondad y la aspiración a nuevos ideales.

He aquí una selección de anécdotas tomadas de un diario escrito en Polonia:

**JULIO 1944.** — La avanzada soviética se acerca; en uno de tantos conventos de Polonia reina la más desoladora incertidumbre; finalmente, el 27 de julio se decide que las hermanas profesas se queden y que las novicias vuelvan de momento a sus casas. A excepción de tres, reclamadas por sus padres, todas las novicias prefieren quedarse.

Al atardecer del día 28 irrumpen en el país las primeras vanguardias bolcheviques; se limitan a pedir comida. El 29 llegan los carros armados de los rojos que preceden al grueso del ejército y que obligan a los alemanes a fortificarse sobre el Vístula.

El convento de las hermanas se encuentra ahora en el frente y, lo que importa más, está rodeado por la soldadesca bolchevique. Sin embargo, durante seis meses, es decir, todo el tiempo que dura el período doloroso de la zona de operaciones, ninguna ofensa se infiere a las religiosas: los soldados miran con curiosidad el hábito de las hermanas y se limitan a pedirles permiso para llegar hasta el pozo a sacar agua.

Pero hay uno de los soldados que da vueltas al convento con mayor insistencia, observa atentamente lo que hacen las hermanas y llega a parecer un espía de la casa. Un día se atreve y pide permiso para entrar. Se le pregunta el motivo de su curiosidad insistente: «Vengo de los Urales; espero volver en cuanto sea posible; pero cuando vuelva y diga allí que he visto monjas de verdad vi-

vas, no me creerán porque no he entrado en la casa.»

El temor de que el soldado no fuera sincero aconsejó a las religiosas prohibir su ingreso en el convento; pero, con gran sorpresa, en los días siguientes éstas notaron que el número de curiosos aumentaba y no se limitaban a espiar a las hermanas a través de la reja, sino que les pedían medallas y objetos piadosos.

Comenzaron entonces las confidencias más inesperadas. Algunos enseñaron a las religiosas crucifijos y medallas cosidos al cuello interno del uniforme. «Me lo dió mi madre», dice uno de ellos; otro asegura: «Es regalo de mi mujer.» Otros entran en la capilla y se descubren haciendo el signo de la cruz, y, finalmente, uno se anima y cuenta a las hermanas, cada vez más maravilladas: «Entre nosotros hay muchos que creen, pero todos tenemos miedo.»

Unos días después se promulga una orden oficial: queda absolutamente prohibido a los militares hablar con los civiles.

**DICEMBRE 1944.**—En el tren mercancías que parte se apoltona la muchedumbre. Hay también dos religiosas. De repente, entre la gente adormecida —en su mayor parte soldados bolcheviques— resuena una voz en el silencio cargado de frío, de miasmas y de aburrimiento:

—¿Qué sois y qué es ese vestido que lleváis?

—Somos religiosas, y este hábito es nuestro distintivo.

—¿Religiosas? — pregunta el soldado, lleno de curiosidad—. ¿Y eso qué significa?

—Significa que estamos al servicio de Dios.

—¿Y qué es ese Dios?

La conversación se anima. Las hermanas, con calma y serena confianza, hablan a aquel hombre y a aquellos hombres, porque todos escuchan, de Dios, de su omnipresencia de su caridad. Y el diálogo se complica y viene a dar en un tema dulcísimo: el del ángel de la guarda, su mediación, su protección para el alma cristiana.

El tren se detiene en un bosque. Es necesario esperar a que se haga profunda la noche para poder continuar huyendo de los alemanes, que en la ribera del Vístula, a un kilómetro de distancia, ven y disparan a todos los convoyes.

La detención del tren calma las voces: la prudencia aconseja el silencio. En cierto momento, un soldado bolchevique se aproxima a las hermanas, se acomoda a sus pies, que cubre con su capote de piel, y ruega a una de ellas: «Hermana, sígame hablando del ángel de la guarda.» Y aquella religiosa, mientras la muerte acecha al otro lado del Vístula, continúa su catecismo y habla del cielo, de los ángeles y de los santos.

**JUNIO 1945.**—Un comandante bolchevique dice a las hermanas: «No quiero volver más a Rusia. Me haré católico como vosotras y educaré a mis hijos como buenos católicos. Que, por lo menos,

ellos tengan algo... Yo no tengo nada: ni Dios ni patria; y, sin embargo, también yo desearía estos bienes.»

**SEPTIEMBRE 1945.**—En una modesta estación, una humilde hermana sube al tren, que está para partir. Son las cinco de la mañana y el coche está ya repleto de viajeros. Para la pequeña monja se hace un sitio cerca de la puerta.

Parte el tren, y en el silencio una voz pregunta de improviso en ruso quién ha subido. La hermana, que sabe ruso, responde:

—Una monja.

—¿Y por qué está de pie?

El oficial bolchevique, porque tal era el interlocutor, hace sitio e invita a la religiosa a sentarse junto a él. Con toda sencillez la religiosa ocupa el puesto que se le ofrece y comienza piadosamente el rezo del santo rosario. Sobre sus rodillas aparece pronto el crucifijo del rosario, y entonces el oficial exclama, fulminado a su vista:

—¡Oh!, eso me da miedo.

—¿Qué pena! —dice bondadosamente la hermana—, porque el crucifijo es símbolo de la caridad verdadera; si usted lo teme es que no tiene caridad y merece toda la compasión.

Entre los dos se traba la conversación, en la que se suceden los temas más variados, cada vez más interesantes para el pobre oficial bolchevique: Dios y su existencia, la divina Providencia y el mal en el mundo, el valor del sufrimiento humano, el valor de la oración..., temas que se enzarzan entre sí y sobre los cuales la hermana habla a su interlocutor con aquella sencillez y aquella sabiduría que el catecismo bien estudiado da hasta a los más humildes.

En un cierto punto de la conversación el tren se detiene y un hombre intenta subir y tomar sitio en el vagón. El oficial bolchevique se levanta y le rechaza, cerrando impetuosamente la puerta.

—¡Oh! —le dice la hermana—, qué bien se ve que no conocéis a Dios. No habéis sabido hacer un acto de caridad permitiendo que ese pobrecillo suba. Acaso es un obrero que tiene prisa por llegar al trabajo. Acaso tiene cosas urgentes que le esperan en el punto de llegada, y le habéis rechazado. Sois hombre sin corazón.

El oficial no responde y mira hacia afuera, hacia el campo que huye por las ventanillas del tren en marcha; en su rostro aparece la vergüenza de un acto de caridad negado. En otra estación donde el tren se para suben dos soldados polacos. Encuentran el vagón repleto y se disponen a volver sobre sus pasos.

—¡Venid! —les grita el oficial bolchevique—. También haremos sitio para vosotros.

Y cuando los soldados se han sentado, el oficial pregunta a la hermana:

—Y ahora ¿he obrado bien?

—Sí —responde ésta—. Ha obrado us-

ted según el deseo de este Dios crucificado. ¿No siente usted la satisfacción de haber obrado bien?

De «Ecclesia» L. C. (30')

Esta Sección se forma con los mejores y más interesantes originales que, destinados a ella y con opción al premio que luego se indica, nos manden nuestros lectores.

Tales originales han de constituir una verdadera selección dentro una gran amplitud de temas, interesantes de todos órdenes mientras sean correctos y serán siempre preferidos los más concisos y útiles, es decir, los que con menos palabras enseñen o expliquen más cosas.

Se publicarán cuantos el espacio disponible nos permita, y el premio consiste en los Libros, Láminas o Revistas que el interesado nos indique, hasta un total de 30, 40 o 50 pesetas por cada nota que se publique, según sea su categoría, a juicio de la Redacción. La cantidad concedida se pondrá al pie del artículo, para que pueda disponer el autor seguidamente.

Los originales sobrantes, no percibirán premio ni indemnización alguna.



EL NUMERO PROXIMO SERA  
UN EXPONENTE DE LA ENOR-  
ME LABOR MISIONERA LLE-  
VADA A CABO POR LOS RE-  
LIGIOSOS CLARETIANOS

# MUNDO MISIONAL

NOTICIARIO DE LAS MISIONES

## «MISIONES CATOLICAS»

ORGANO OFICIAL DEL SECRE-  
TARIADO DE MISIONES DE LA  
PROVINCIA ECLESIASTICA TA-  
RRACONENSE

Suscripción anual 24 ptas.

PROPAGA ESTA REVISTA

TODOS LOS HABITANTES  
DE UN IMPORTANTE  
PUEBLO JAPONES DE-  
CIDEN HACERSE CA-  
TOLICOS.

El 14 de marzo y a petición de todos los habitantes budistas del pueblo de Saga, el Obispo de Osaka, Monseñor Taguchi, ha celebrado en dicha población una primera misa a la que han asistido los representantes de todas y cada una de las 570 familias del lugar. Después de la ceremonia religiosa, los habitantes participaron a Mons. Taguchi su deseo de estudiar la doctrina católica y se comprometieron a poner a disposición del nuevo párroco una gran sala mientras no puedan construir una verdadera iglesia.

El promotor de este movimiento de conversiones en masa, sin precedentes en la historia del apostolado moderno en el Japón, es un colono de la región, llamado Takahashi.

UNA LLAMADA EN FA-  
VOR DE LOS QUE SU-  
FREN LA LEPRO Y SE  
ANUNCIA EN LOS ES-  
TADOS UNIDOS—QUE  
EL «RH» TIENE CURA.

La llamada es dirigida a todos católicos y no católicos, por el Excmo. Mons. Thomas J. McDonell, Obispo auxiliar de Nueva York y tiene por objeto coleccionar fondos para comprar en cantidad la medicina de PROMINA, cada dosis cuesta 25 ctvs. de dólar, y que opera la cura de la lepra en un año, con una dosis diaria. Hay esperanzas de curación en los casos más avanzados.

Esto es una noticia que mucho consuela y cabe a un dignatario de la Iglesia Católica organizar una colecta para fin tan noble.

Un grupo de investigadores de la Universidad Católica de Notre-Dame ha logrado aislar dos compuestos químicos capaces de neutralizar los peligrosos factores de la sangre, conocidos como anticuerpos «Rh», que tanta trascendencia tienen en el embarazo, ictericia y varias enfermedades de los niños recién nacidos. Los trastornos principales de estos anticuerpos, existen en un 85% de la población humana de raza blanca; por ciento a que se le califica «positivo». Cuando una persona de factor «Rh» engendra o concibe con otra que no lo posee, el feto peligra al recibir cuerpos contradictorios en su sangre, que causan abortos, partos prematuros y otros desarreglos.

ECUADOR CELEBRA UN  
CUARTO CENTENARIO  
MISIONERO.

Este centenario ha sido el de los RR. PP. Dominicos que llegaron a Loja, un puesto avanzado de la civilización de hace cuatro siglos, y donde se descubrió la quinina; desde entonces misionan a los indios y atienden a los cristianos. El convento dominicano fué fundado el 12 de diciembre de 1548, junto con un monasterio franciscano. El centenario del convento dominicano existente hasta nuestros días, fué celebrado con jornadas de Acción Católica, con un triduo Solemne y con varios actos académicos y de dirigentes católicos obreros. El Excmo. Mons. Nicanor Roberto Aguirre, Obispo de Loja, dió en reconocimiento a los PP. Dominicos, una Medalla de Oro, que recibió el R. P. Provincial de la Orden de Predicadores R. P. José María Vargas, O. P.

## BIBLIOGRAFIA

TEOLOGIA MORAL PARA  
LOS FIELES, por Jesús Bujanda, S. I.—Editorial Razón y Fe, S. A. Exclusiva de venta: Ediciones FAX. Zurbano, 80. Apartado 8001. Madrid.—16×11 cms., 448 págs. Ptas. 25; en tela, 35.

Tiene este precioso libro las mismas excelentes cualidades que el «Manual de teología dogmática» del mismo autor: proporcionada brevedad hija de la minuciosa elaboración, extraordinaria claridad y precisión de ideas, orden perfecto, estilo transparente. La dogmática nos decía lo que debemos creer; la moral nos enseña lo que debemos guardar...

La obra no va dedicada a los sacerdotes, sino como de rechamante dice el título es «para los fieles», y los instruye con autoridad y claridad. Como es lógico los sacerdotes podrán, eso sí, valerse a maravilla del libro para exponer a los fieles sus obligaciones.

Dos partes tiene: la moral «especulativa», con sus cuestiones generales, mandamientos, preceptos eclesiásticos, sacramentos, penas, moral profesional; y la «casuística» con cerca de doscientos veinticinco casos sobre todas las materias tratadas, y que ocupan casi doscientas páginas.

El libro del P. Bujanda es de los que convencer: de los pocos que convencer plenamente.

EL CARDENAL SPELL-  
MAN ACABA CON UNA  
HUELGA EN NUEVA  
YORK.

Montones de cadáveres insepultos estaban a mediados de marzo pasado, esperando ser inhumados en el Cementerio del Calvario, en Nueva York y los esquirols no eran admitidos para dar cuenta del trabajo de sepultar esos restos humanos. Su Emma. el Card. Spellman que, paso a paso seguía las negociaciones con los huelguistas, confirmado del ningún éxito de las negociaciones, al frente de cien personas, sacerdotes unos y seminaristas otros, penetró al Cementerio atravesando las líneas de los huelguistas y el Cardenal y sus acompañantes comenzaron a cavar fosas. «Estamos en disposición de venir día tras día a realizar esta tarea hasta hacernos cargo, si otra cosa no se puede, de los entierros diarios. Aunque estas dificultades sean económicas, como juzgan algunas almas que no tienen escrúpulos en esta huelga, como sacerdote tengo que tomar estas decisiones...». La huelga quedó terminada a las pocas horas, cupiendo a estos sacerdotes y seminaristas el cumplir, quizá por primera y única vez en la vida, con la obra de misericordia de emberrar a los muertos, real y positivamente.

NOTICIAS ALENTADORAS  
DE ITALIA.

Progresan en la Archidiócesis de Milán el Instituto de Sacerdotes llamados «Misioneros del Obrero».

La rama en Lombardía del «Instituto Católico de Acción Social» prepara un programa experimental para una escuela modelo de sacerdotes miembros del instituto nombrado. El curso comenzará en la primavera de este año y estudiará intensamente los métodos más efectivos de apostolado social.

El partido comunista que antes de las elecciones contaba con 2.000.000 de miembros activos y otro tanto de simpatizantes va perdiendo miembros. Conforme progresan las reformas sociales del gobierno, el comunismo pierde terreno; campesinos, obreros, profesionistas, todos derivan su mejoramiento en sus condiciones de vida, que han sido atendidas y mejoradas por el gobierno; esto origina la desertión. Hay todavía 2.000.000 de desocupados en Italia. En Sicilia y en Calabria. Alcide de Gasperi prepara grandes reformas agrarias.

El Presidente de Italia Luigi Einaudi, visitó a Su Santidad, y la visita fué grata para ambos. Este es un hecho muy significativo y de trascendencia, pues las relaciones, con estas entrevistas, no se interrumpen y además se afirman.

## PASATIEMPOS

### Concurso B — 1949

Normas: El concurso durará cuatro meses: Cuestionarios de Marzo, Abril, Mayo y Junio. Cada pregunta tendrá un sólo premio de pesetas 10, que se adjudicará por riguroso sorteo entre los que la hubiesen acertado. Así se irá acrecentando el capital de cada concursante que además de inteligente sea afortunado y al concluir los meses indicados, cada uno de ellos podrá ordenar se le envíen los libros que le interesen, hasta el total importe que haya obtenido.

1.º NOTA - 100 - HOGAR - 2

2.º FIN - NEIB

3.º A que autor latino pertenecen TRISTIA

4.º ¿Quién inventó el autogiro?

5.º R O M B O	o	1.º Vocal
	o o o	2.º Juguetes
LEASE HORIZONTAL	o o o o o	3.º En las playas
Y VERTICALMENTE	o o o	4.º Al revés—número
	o	5.º Vocal



## De nuestros viejos archivos «Los Indios en las llanuras de América del Norte» (Continuación)

Por el Rdo. P. Legal

### II EL VESTIDO

Vamos a hacer la descripción del vestido del indio de las praderas. La camisa o hábito de piel de ciervo, adornada con bordados, rocalla y franjas, junto con las polainas y calzado compone el vestido completo del salvaje. Sin embargo, no se considera decentemente vestido si no se envuelve además con un capote de piel de búfalo.

La camisa se hace comúnmente con piel de cabrito, de macho cabrío silvestre, de ciervo o de carnero montés. Estas pieles están finamente curtidas y a pesar de la sencillez de las herramientas del salvaje, algunas muestras pudieran sostener la comparación con los mejores productos del curtidor. La forma general es la de una camisa común, con mangas anchas, y una abertura por la que puede pasar cómodamente la cabeza. Por abajo cuelgan largos flecos.

Los adornos consisten en dos bandas con bordados de tres a cuatro pulgadas de ancho, sobrepuestas a lo largo de cada manga, y de otras dos bandas del mismo género que pasan por los hom-

bros. La pieza que sirve de pechera -está adornada por el mismo estilo. Además, en las mangas y en otras dos hileras de bordados, hay franjas hechas con piel de ciervo o de armiño en todo el brillo de su blancura, o mechones de cabellos arrancados a los enemigos muertos en la guerra.

Los bordados, antes de las comunicaciones con los blancos, se hacían con pelos de puerco espín, cortados en bandas muy estrechas y teñidas de colores vivos. Ahora los indios han renunciado parcialmente a este género de adorno, para adoptar los abalorios o perlas de vidrio que saben emplear con mucho gusto para representar los mismos dibujos. Estos tienen un carácter especial, afectando generalmente formas geométricas, y con los colores dispuestos de una manera bien entendida para hacer resaltar su valor.

Las polainas, también de piel de cabrito finamente curtida, estaban adornadas con una hilera de rocalla, como las mangas de la camisa. Otra pieza con iguales adornos se ponía delante o debajo de la pierna.

El calzado lo adornaban por el mismo estilo: unas veces ponían una faja de aba-

lorios en el empeine, y otras lo cubrían literalmente de rocalla.

El traje de las mujeres era parecido al de los hombres, pero algo más adornado y amplio, bajando hasta los tobillos, de suerte que las cubría honestamente. Esta camisa era antes de piel de ciervo; pero desde la introducción del comercio con los blancos se sirven de telas obtenidas con el tráfico. En este caso escogen los colores más vivos, rojo y azul, y en el arreglo de la tela el salvaje da pruebas de un gusto que nadie sospecharía en él.

Así, por ejemplo, si la parte anterior es azul, dispone sea roja la posterior. Las mangas son de dos colores, pero cada lado a la inversa.

Cierto género particular al traje de las mujeres es un adorno hecho con dientes de ciervo, perforados y cosidos en la tela, que es generalmente de color azul, sobre el que se destacan por su blancura.

Esto constituye un género de adorno originalísimo y muy costoso, pues dichos dientes son los molares, y cada ciervo sólo tiene dos. Así los venden a razón de una piastra el par, cuando pagan en dinero. Ahora bien, un traje de mujer puede tener quinientos o seiscientos de estos dientes, lo que resulta sólo para esta parte del adorno un valor de doscientas a trescientas piastras (mil doscientos cincuenta a mil quinientos francos). He contado más de trescientos de dichos molares en el vestido de una niña de diez a once años. Ya veis que la coquetería cuesta cara, aún en un campamento salvaje.

Un cinturón de cuero, de cuatro a cinco pulgadas de ancho y lleno de botones brillantes, completa el traje interior de la mujer y se lo ciñe al cuerpo.

El indio, sea varón o hembra, tiene además un capote, con una banda de abalorios y otra de plumas de águila

en toda su anchura; este último adorno está reservado a los hombres. El de las mujeres consiste en placas redondas de rocalla, que vienen a caer sobre el pecho. El capote de tela sustituye ahora al de búfalo.

### ACCESORIOS DEL TRAJE

Digamos ahora breves palabras sobre los diferentes accesorios del traje, añadidos como adornos o señales de distinción, especialmente con ocasión de regocijos nacionales o ceremonias religiosas relacionadas con el culto supersticioso. Estos adornos están representados en los grabados de esta página. Consisten en collares de perlas, de metal y de cuentas pequeñísimas de vidrio. La forma de estos collares es muy variada, según el capricho de cada cual: caen a veces sobre el pecho en cascada regular, que no carece de gracia. Antes de la introducción de los abalorios, los indios fabricaban ciertas perlas por medio de pequeños fragmentos de conchas, y sabían emplear multitud de otros objetos para collares, brazaletes, etc. Así se ven collares hechos con dientes de diferentes animales, de garras de oso, de águila, etc.

Debemos mencionar también los pendientes, que afectan multitud de formas. A todos los indios apenas nacidos les hacen tres o cuatro agujeros en los lóbulos de las orejas, en los que mantienen alfileres de madera hasta que se haya efectuado la cicatrización. De esta suerte pueden ponerse fácilmente tres o cuatro pares de pendientes que les cuelgan hasta los hombros, y que las más de las veces son anillos de cobre, con ciertos objetos suspendidos a los mismos como sartas de conchas o de otra clase.

Los salvajes de las praderas no acostumbraban ponerse anillos en la nariz; pero completaban su tocado con una serie de brazaletes más o menos complicados.

(Continuará).

### SOLE HERMANOS, S. L.

Compra - venta de fincas rústicas y urbanas

Caspe, 137 - 139 - BARCELONA - Teléfono 50984

## Relación de Sres. Suscriptores que han abonado su cuota para 1949 (Continuación)

	PTAS.		PTAS.		PTAS.
D. Luciano Ortega Palau. - Cáceres	24	D. Marcelino Lambert Viñals. - Llansá	24	D. Marcelino Ferrer Llach. - Tarrasa	24
D. Roque Fontdevila Boix. - La Bisbal	—	D. Isidro Juncosa Rodríguez. - Madrid	—	D. Eusebio Ballet Puntos. - Id.	—
D. <sup>a</sup> Gertrudis Plana Reig. - Zamora	—	D. <sup>a</sup> Teresa Collado Labrau. - Oviedo	—	D. Simplicio Maduro Cabal. - Cáceres	—
D. Fermín Aiguadé Pous. - Tarragona	—	D. Braulio Prats Villar. - Pontevedra	—	D. Cosme Laiso Larrañaga. - Murcia	—
D. Luciano Cortés Quiroga. - Huesca	—	D. Nicasio Fortuny Más. - Alava	—	D. Tomás Poch Conill. - Agramunt	—
D. <sup>a</sup> Palmira Raventós Gallart. - Olot	—	D. Guillermo Xarau Valls. - Sabadell	—	D. Ambrosio Callis Coloma. - Cuenca	—
D. Braulio Mas Bravo. - Cocentaina	—	D. Francisco J. Laso Aranda. - Navarra	—	D. Félix Feijóo Lahoz. - Melilla	—
D. Ramón Grau Maseras. - La Bisbal	—	D. <sup>a</sup> M. <sup>a</sup> de las Nieves Clotet. - Mataró	—	D. Justino Horts Prada. - Sitjes	—
D. Climaco Tañti Zoraida. - Tetuán	—	D. Faustino Collado Lao. - Zaragoza	—	D. Pablo Taberner Aguado. - Buitrago	—
D. Romualdo Veracruz Sanz. - Mallorca	—	D. Evaristo Lacruz Miralles. - Valencia	—	D. Felipe Martell Claus. - Reus	—
D. Pablo Ros Alsaprem. - Granollers	—	D. Segismundo Ors Palacios. - Burgos	—	D. Amelia Riquelme Toro. - Asturias	—
D. Jaime Deulofeu Aguiló. - Valencia	—	D. Pablo Baños Lamar. - Aiguafreda	—	D. Lorenzo Negrete Bernal. - Badajoz	—
D. Evaristo Santamaría Lladó. - Blanes	—	D. Roberto Valero Ortiz. - Vizcaya	—	D. Jaime Cabestrany Alós. - Linares	—
D. Ramón Curtit Plaja. - La Roca	—	D. Braulio Castany Ros. - Ripoll	—	D. <sup>a</sup> Gabriela Gurch Guillén. - Tarazona	—
D. Eustaquio Galcerán Soler. - Huelva	—	D. Ramón Más Verdós. - Montmeló	—	D. Eustaquio Lara Fuerte. - Vinaroz	—
D. Indalecio Capsir Alemany. - Madrid	—	D. Remigio López. - Alba de Tormes	—	D. Gerardo Cabot Atalaya. - Córdoba	—
D. <sup>a</sup> Enriqueta Prats Corralet. - Valencia	—	D. <sup>a</sup> Hortensia Flores Clavell. - Sans	—	D. <sup>a</sup> Luisa Guasch Torralba. - Guipúzcoa	—
D. Manuel Alvarado Fargas. - Alcoy	—	D. Julio Carreras Ciempiés. - Santander	—	D. Sisebuto Roca Allán. - Barcelona	—



# NOGAT EL MEJOR MATARRATAS



De venta en todas las FARMACIAS y DROGUERIAS al precio de ptas. 19'23 la caja de 25 sobres y a 0'90 el sobre suelto.

PRODUCTO DEL LABORATORIO SOKATARG, S. A.

Calle Ter, 16  
BARCELONA

Nota: Mandando este anuncio al Laboratorio le enviaremos gratuitamente un interesante folleto.

M. I. R.

Ingenieros

INSTALACIONES ELECTRICAS Y SANEAMIENTOS  
Martínez Campos, 2. Tel. 3023-Ap. 177 BURGOS

P. G.  
S A B A D E L L

FÁBRICA DE LICORES ANTONIO GALLAMI

Duque de la Victoria, 5  
VILLAFRANCA DEL PANADÉS

BORREGOS DEL  
"SANT PARE"

José Quintana — Tel. 2 — ARTÉS

Fábrica de Tejidos de Punto

**Kessler Hermanos**

Especialidad en

TEJIDOS, BUFANDAS, VELOS BORDADOS, Y  
CONFECCIONES EN SEDA, LANA Y ALGODÓN

San Luis, 20 - Tel. 7

GELIDA (Barcelona)

**PUIGMARTI Y SANLLEHY**

MIGUEL ARIMÓN, 17

S A B A D E L L



ALCOHOLES OLIVA, S. L.

Vinos, Alcoholes  
y derivados

Despacho y Almacén:

ARIZALA, 5 - TEL. 38338

B A R C E L O N A

Tenerías Franco Españolas, S. A.

MOLLET DEL VALLÉS

( B a r c e l o n a )

LUIS PLANS OLIVERAS CONTRATISTA DE OBRAS

José Antonio, 19

A R T É S - ( B A R C E L O N A )

**¡COLEGIOS!... LA Rutina ES DESPILFARRO,**

ANTES DE REPETIR EL PEDIDO DE TEXTOS COMO EL AÑO PASADO, ESTUDIEN  
NUEVAS OFERTAS, ANALICEN LOS CATALOGOS, PONDEREN LAS CONDICIONES...  
SE TRATA, NADA MENOS, QUE DE ADQUIRIR LOS MISMOS LIBROS PERO...

CON MAYORES VENTAJAS!

La Sección de Librería de «TIP. CAT. CASALS» Calle Caspe, 108 - Barcelona  
le manda totalmente gratuita la nueva edición de su ya célebre Catálogo de Enseñanza  
(1949 - 1950)

Suscribiros a «MISIONES CATOLICAS» Organo Oficial del Secretariado de Misiones de la  
Provincia Eclesiástica Tarraconense

ADMINISTRACION: Calle Caspe, 108 - Apartado 776. BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



**M. E.**

Hijo de ANTELMO NADAL  
**CALZADOS**

TELÉFONOS: Fábrica n.º 4  
Particular, 6  
Telegramas: «NADAL CALZADOS»

LLUCHMAYOR  
(Mallorca)

**Al visitar Mallorca no  
dejeis de visitar las  
"Cuevas de Artá"  
(Visión dantesca)**

**Jose Caballería Boy**

Vázquez de Mella, 18

MANLLEU

**Balneario Blancafort**

La Garriga

**Javier Coll e Hijo**

IMPORTADORES DE  
LOS PRODUCTOS DE SOCIÉTÉ DES USINES CHIMIQUES

**Rhône - Poulenc**

PRODUCTOS QUÍMICOS, FARMACÉUTICOS E INDUSTRIALES

DISTRIBUIDORES DE LOS PRODUCTOS DEL  
Laboratorio de Industrias Farmacéuticas, S. C.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS DE LA  
SOCIÉTÉ PARISIENNE D'EXPANSION CHIMIQUE

**«SPECIA»**  
PARIS

Tel. 79089

Córcega, 269 - BARCELONA

**José Bonet Vilaró**

**Fabricante de Tejidos**

C. Víctor Pradera, 23

MANLLEU

*Federación Guipuzcoana de  
Fabricantes de Pan*

Echeide, 4

S. SEBASTIAN

**Productora Tocinera, S. A.**

Salvador Juan, 8

MANACOR (Mallorca)

**IBERICA**

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA  
INFORMATIVA DEL PROGRESO DE  
LAS CIENCIAS Y DE SUS APLICACIONES  
Palau, 3 BARCELONA — Apartado 759

Propague Vd. sus productos y especialidades por medio de IBERICA  
y verá multiplicadas sus ventas dada la gran difusión alcanzada por ella en  
toda España y América española.

**TARIFA DE ANUNCIOS**

1 pág.	21 X 14 cms	400 ptas.	inserción
1/2	14 X 10'5	250	,
1/4	10'5 X 7	150	,
1/8	7 X 5'2	100	,

**PRECIOS DE SUSCRIPCION**

1 año	100 ptas.
1/2	50

**SOLICITE UN NUMERO DE MUESTRA**

**GUERIN,**

S. en C.

**MATERIAL  
ELÉCTRICO**

Valencia, 257  
BARCELONA





Una vista primaveral de la Iglesia parisina de Notre - Dame

2'50 ptas.

Ayuntamiento de Madrid